



¡Necesito un milagro!

MARÍA ORTEGA



Necesito un milagro

María Ortega

Necesito un milagro.

© María Ortega

Todos los derechos reservados

© Diseño de portada Lourdes Bastón

© Corrección: Dani Vera

© Maquetación: Gema Tacón

Primera Edición: Diciembre 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas aquellas personas que necesitan su pequeño milagro navideño:
a los que no creen, a los que sí, y a los que lo piden.
La Navidad es la época de los sueños.
¡Hagámoslo a lo grande!
¡Seamos niños por unos días!

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[Agradecimientos](#)



Llego a la oficina y lo último que necesito es verla. Tan preciosa, tan perfecta y tan triste. No se merece nada de esto. En cuanto cruzo la puerta, como cada mañana, la veo sentada en su puesto. Se levanta sin mirarme a la cara, y eso es lo que más me duele. No puedo hablar con ella, explicárselo como me gustaría. Me ofrece mi taza de café de forma eficaz, sincronizada, que cojo con la esperanza de poder rozar alguno de sus dedos.

No sucede.

Nunca lo hace.

Al igual que en los últimos seis meses.

Se protege de mí, lo comprendo perfectamente, pero necesito ese roce como un drogadicto su chute diario. Así de desesperado estoy. Me acerco un poco más a ella con la esperanza de poder inhalar su suave perfume y no olvidarlo jamás.

Mi móvil suena, lo miro y cierro los ojos. Esto es una puñetera pesadilla de la que no logro despertar nunca. Mi mirada se desvía hacia ella, se ha dado cuenta, y aunque intenta disimular con una sonrisa tan eficaz como falsa no lo consigue. Su tristeza se refleja en todas y cada una de sus facciones. Nunca imaginé que terminaríamos así.

—Dime —le contesto a mi prometida. Seco, cortante, porque esto solo es un mero trámite, otro acuerdo más de un negocio en el que me he visto envuelto tras el fatal accidente de mi padre—. Tengo un día muy complicado, Julia.

—Solo quería darle los buenos días a mi prometido. Falta menos de un mes para la boda y nunca quieres que pasemos la noche juntos...

—Sabes que tengo mucho trabajo. —No pienso acostarme con ella hasta que sea estrictamente necesario, siento como si engañara a mi Marga, e incluso a mí mismo. Cada minuto que paso sin estar a su lado es como si me clavaran una estaca en el corazón y sangrara cada vez más.

—Soy consciente de ello, Meloncito. Solo deseo que tu día sea más llevadero. —Cierro los ojos una vez más al sentirme culpable. A pesar de que sea una pija inaguantable con menos cerebro que un mosquito pegado a la luna de un camión, intenta ser amable. No lo quiero, lo detesto. ¡Y odio que me llame Meloncito! Resoplo frustrado, me trago el mal comentario que estoy a punto de inferir e intento calmar unos nervios que me traen de cabeza en los últimos meses. Saco la pastilla de mi chaqueta, esa que hace que aguante todo en un estado casi de letargo, y me la tomo junto a un sorbo de café. Para colmo, lo hago delante de la mesa de mi secretaria para estar un puto minuto más a su lado. Patético.

—Gracias. Nos vemos el fin de semana. —Corto la llamada sin darle la oportunidad de despedirse, o se llevará una hora diciendo gilipolleces dulces de enamorados que no tengo ganas de escuchar, al menos, de sus labios.

Estamos a lunes, y la cena de empresa no es hasta el viernes. Tengo cuatro días de tranquilidad absoluta para poder preparar la propuesta de venta de acciones al grupo que he descubierto este fin de semana como medida desesperada de no intimar con ella más de lo necesario.

—¿Cuál es mi agenda para hoy, Marga? —le pregunto. No es necesario hacerlo, tenemos un programa actualizado donde mi agenda está al día, pero, si la miro, me privo de su presencia. Me doy la vuelta y me dirijo hacia mi despacho, seguida de ella.

En cuanto me giro para sentarme, la veo. Ya me da igual lo que diga, después

lo repasaré en el ordenador. Solo me limito a esos pocos minutos que tengo para poder admirarla sin cortarme. Hoy lleva un vestido ajustado a su cuerpo de color vino tinto que le realza cada curva a juego con una chaqueta también entallada. Me concentro en el sonido de su voz sin importar que tan solo recita las citas del día y rememoro las veces que me hablaba con esa suavidad que le caracteriza. Me concentro en el movimiento de sus labios, admiro su sonrisa tímida, al igual que su cabello y ese cuello esbelto que tantas veces besé, en el movimiento de sus manos, tan inquietas como siempre. La punzada en el pecho por no poder estar a su lado, ni siquiera tocarla, porque entre nosotros ya nada es igual es intensifica hasta tal punto que debo aflojarme el nudo de la corbata para poder respirar.

—¿No te has enterado de nada, verdad? No sé ni por qué me pides que venga cada mañana si estás en la puñetera inopia. Bueno, ya lo revisarás en la agenda.

Se da la vuelta a punto de marcharse. Tengo un par de segundos para pensar algo con lo que retenerla, como cada mañana, antes de que salga.

—¿Ha llegado el reparto de hoy?

—Aún no.

Asiento y dejo que salga. Se terminó ese escaso tiempo que tenía para poder disfrutar de su simple compañía. El aroma de su perfume me acompañará durante un rato, la única manera que tengo de disfrutar de ella. Unos minutos más tarde, llega el repartidor con la flor que le pido que me traiga cada mañana: una margarita tan blanca como su piel y que guardo a diario en el bolsillo interior de mi chaqueta, al lado de mi corazón, el lugar que ocupa ella.

El resto de la jornada no me preocupo de las citas ni de nada que se relacione con la agenda, así busco una excusa para que entre cabreada a mi despacho y me eche la bronca padre. Ese es mi mejor momento. Ahora debo ocuparme de preparar una propuesta tan fantástica para el grupo *Ilíada* que sea incapaz de negarse. Esa es mi última esperanza para salvar una Navidad que se puede convertir en una auténtica pesadilla.

Porque, ¿os he dicho que me caso el viernes veintidós de diciembre?

Tengo exactamente doce días para buscar una solución. Jamás permitiré que ella pase por todo esto, que sea una víctima más del lío en que nos metió mi padre y que tan caro estamos pagando mi familia y yo.

Las fiestas navideñas siempre han sido un momento especial para nosotros dos, por ese mismo motivo, a mi prometida se le ocurrió la genial idea de jodérmelas. No tuve más remedio que claudicar hace seis meses.

¡Necesito un milagro!

Pero procuraré crearlo. Como siempre he hecho.



Desde niña, las fiestas navideñas fueron mis preferidas. Este año prefiero hacerme la cera en el higo con un lanzallamas antes que pasarlas en el pueblo con mis padres y su familia siendo testigo directo de la boda del que ha sido el amor de mi vida durante tantos años.

Patético.

Los últimos seis meses han sido un infierno, porque no es plato de buen gusto tener que lidiar con Alberto cada día, verlo y saber que ya no soy nada para él. Por ese mismo motivo, después de las fiestas, emprendo un nuevo camino. El ocho de enero me reincorporo a otro puesto de trabajo. Llevo desde que cortamos nuestra relación buscándolo. Por fin, me ha llegado la respuesta hace un par de horas. Me marchó lejos. Muy lejos de aquí. Pero aún no he tenido el valor de decírselo. En teoría, tengo hasta el día veinticuatro de diciembre para presentarle mi carta de dimisión, pero el muy cabrito se casa el veintidós y no estoy dispuesta a estar presente en su luna de miel para hacerlo, porque seguro de que me dirá con su voz sensual y profunda, con esa tan sexi que tiene, que tengo que dársela en persona y no a través de correo electrónico.

—Marga, ¿nos ayudas a decorar la oficina? Acabamos de sacar los adornos —me pide mi compañera de trabajo que acaba de llegar del almacén cargada con una caja de plástico donde guardamos los abalorios.

Me apresuro a levantarme de mi sitio para ayudarla a cargar, casi no puede con ella y parece que hace malabares para no caerse. La apoyamos entre las dos en el suelo y la abrimos con cuidado.

—No decores mi zona. Este año no me apetece ver espumillones de colores o bolas de plástico que solo me incitan a querer lanzarlas contra la pared.

Recuerdo el día que Alberto y yo compramos nuestro árbol. Uno enorme, se le antojó el más grande que había en la tienda. Lo pusimos en un rincón de su salón y nos pasamos la tarde decorándolo con unos gorros ridículos de Papa Noel en nuestras cabezas. Entre risas y arrumacos, todo quedó en un segundo plano. Durante varios días, después del trabajo, nos dedicábamos a tomar chocolate caliente, encender la chimenea y poner algún espumillón aquí y allá, porque lo importante no era cómo quedara, sino lo que disfrutábamos al hacerlo.

Me trago el nudo de emoción, el dolor punzante que siento en mi alma al pensar que será la primera Navidad desde que me alcanza la memoria que él no será el protagonista de la fiesta, que no estará a mi lado en cada uno de esos momentos importantes, como cuando el año pasado puso el muérdago en la puerta de su despacho para que cada vez que la cruzara tuviera que besarle. O la típica flor de Pascua que no me ha faltado nunca en la mesa de mi mesa, algo de lo que se encargaba él personalmente cada mes de diciembre porque una vez le conté que me gustaban cuando paseábamos por un centro comercial para buscar un regalo para su madre.

De nuevo, la tristeza se apodera de mí y tengo que hacer de tripas corazón para proseguir con mi día y aparentar una falsa alegría que no siento ni por asomo.

—No puedes seguir así. Debes olvidarlo —me aconseja con un gesto de cabeza que señala a su oficina.

Porque sí, también soy la cornuda de la empresa. Los rumores se extendieron

como la pólvora cuando de la noche a la mañana cortó conmigo y se prometió al día siguiente con la Meloncito. ¡Valiente apodo más ridículo! Con un melón le daba en la cabeza, a ver si de esa forma espabila, porque a la muchacha le falta un hervor. Es ridícula, aunque vestida de Chanel, con zapatos de *Chimi Chu* y bolso de Guess. No lo he superado aún, la prueba de ello es que todavía su sola presencia me duele en lo más profundo y que esa mezcla entre el dolor y la ira más absoluta me lleva a pensamientos nada sanos. Me mortifico cada día. Lo sé, pero no puedo evitarlo. Siempre estuvimos enamorados, desde niños nuestra relación fue especial, pero hasta hace un par de años no dimos el paso definitivo. Lo ocultamos al mundo hasta que se comprometió con la otra, y todo saltó por los aires.

—Lo he hecho, aunque eso no significa que me gusten unas fiestas donde el propósito es gastar lo que no tienes, en hacer cenas familiares en las que sabes que habrá discusiones, beber hasta emborracharte en los almuerzos de empresas y cometer locuras que luego no quieres recordar. ¡Ah! Y comprar una ridícula bufanda al tío paterno que solo volverás a ver al año siguiente y que le regalarás otra vez lo mismo, con suerte, en otro color. Sin olvidar que tienes que fingir alegría y felicidad, aunque tengas un trancazo del quince y no tengas ganas de salir de la cama.

—¡Viva tu espíritu navideño, sí señor! —exclama con sarcasmo Toni, otro compañero del trabajo, y mejor amigo de mi jefe, que acaba de llegar. Lo miro mal, levanta las manos en señal de paz y entra directo al despacho de Alberto. Si tengo suerte, lo sacaré de aquí y no volveré a verlo hasta mañana.

Pero la suerte no está de mi parte, por supuesto que no, y ambos se quedan encerrados hasta bien entrada la tarde, cuando me marché a casa después de haber ayudado a decorar toda la oficina, excepto la zona de mi mesa, que la he declarado no navideña.

Por el camino, las puñeteras luces inundan cada rincón de la ciudad. ¿No hay crisis económica? ¡Pues que el Ayuntamiento se lo gaste en otra cosa, hombre! Hay familias a las que le cortan la luz por no poder pagarlas y estos cabrones se

gastan el dinero en un alumbrado de este tipo. ¡Con lo que me gustaba a mí antes!

Llego a casa, y ni tan siquiera enciendo la luz del recibidor. Ando a oscuras, entro en mi dormitorio, me cambio de ropa y me meto en la cama directamente. Antes, rebusco debajo hasta que lo encuentro.

Una bola de cristal que, cuando la mueves, parece que cae nieve sobre una pareja que está en la puerta de una cabañita de madera y un alce a su lado. La agito varias veces recordando el momento en el que me lo regaló las fiestas pasadas, porque nuestro sueño siempre fue el pasarlas juntos en una cabaña en el bosque alejado de todos. Solos los dos y una buena capa de nieve que ya nos encargaríamos nosotros de derretir.

Alberto nunca fue de grandes regalos caros, sino de esos pequeños detalles que te llegan al alma, esos que están rodeados de significado.

Y que son los más difíciles de olvidar.

Como todas las noches, me quedo dormida entre lágrimas que duelen cada vez más por mucho que intento fingir.



El edificio de Coral Construcciones, esa empresa que me ha costado mi relación con Marga, se ha caracterizado cada año por brillar en Navidad. Los empleados siempre le han puesto especial cariño a todo lo relacionado con la decoración navideña. Reconozco que también me he implicado mucho, cuando estaba junto a ella, y entre los dos comprábamos adornos y nos encargábamos de cada detalle. También hemos sido muy generosos con las cestas. Este año es diferente.

—Alberto, aún no se han encargado los regalos de los empleados. ¿Quieres que me encargue? —me pregunta, tan eficaz como siempre, tan distante conmigo que me duele en lo más profundo. Al principio de cortar nuestra relación, me pidió en varias ocasiones que la cambiara de departamento, aunque me negué en rotundo. Sé que está buscando trabajo en otra empresa. Por suerte, he podido boicotearla con la esperanza de que todo se solucione.

—No, este año no habrá cestas.

—¿Por qué? Ellos lo esperan. Cada año, desde que se fundó la empresa, jamás se han quedado sin ellas. ¡No me parece justo que hagas esto ahora! ¿Qué pasa? Sé que ocurre algo, que me ocultas algo. No te reconozco, Alberto —me

recrimina enfadada.

—No pasa nada —intento calmarla, pero se gira y se marcha a su mesa, pone distancia entre nosotros. Respiro hondo, esa actitud me duele tanto... Sé que ella debe estar desconcertada y dolida, que no comprende lo que sucede, pero debo ocultárselo. Ojalá pudiera hacerlo algún día y que me comprendiera—. Simplemente, la junta ha decidido recortar gastos este año.

—Claro, y los recortes deben pagarlo los empleados.

—No me toques las narices, Marga. No estoy para sermones. Tú, mejor que nadie, sabes el gasto que supone una cesta navideña. Tenemos doscientos empleados en las oficinas. No hay presupuesto para eso.

—Por supuesto, no hay presupuesto para las cestas, pero sí para... —se calla. Sé que lo ha hecho para no decir ninguna tontería, que se refiere a mi próxima boda, aunque esa no la pague la empresa y sea mi futuro suegro el que corra con todos los gastos, a modo de capricho de su única hija. Una boda por todo lo alto que detesto desde lo más profundo de mi ser.

—Mejor no sigas, por favor.

—No es necesario algo excesivo. Podríamos mandarle aunque sea una felicitación navideña, un detalle que demuestre que la empresa se preocupe por ellos...

—Está bien —claudico, en el fondo sé que tiene razón—. Encárgate de ello, tengo mucho trabajo acumulado.

—¿No sería mejor si escribieras una nota personificada a cada uno de ellos? Puedo comprar felicitaciones donde el dinero se destine a alguna ONG.

—No tengo tiempo para esas sandeces, Marga. Si tú quieres, adelante, pero tendrás que encargarte de ello —le recrimino. No quiero hacerlo, pero esta situación es algo que nos daña a los dos, en las ocasiones que no hemos tenido más remedio que trabajar de esa forma hemos terminado ambos muy tocados. Yo borracho en cualquier bar acompañado de Toni, y ella... no quiero ni pensarlo. Una cosa es los cinco minutos de la agenda, mi chute diario, y otra muy distinta a pasar horas a su lado, oliendo su aroma y escuchando su voz sin

poder tocarla, besarla, abrazarla. Eso es una tortura demasiado cruel para los dos. Estamos rotos, y será muy difícil recomponernos.

—Como quieras. Mi intención no es comenzar una guerra como la que iniciamos cuando suprimiste las horas extras de los empleados en verano — susurra, con la cabeza baja, en actitud derrotada, pero, sobre todo, triste. Y es esto último lo que más me jode, me molesta y me preocupa. No quiero verla de esta forma.

Marga siempre ha sido una mujer alegre, jovial, una loca que me hacía reír con sus cosas. Siempre hace de los pequeños detalles cotidianos algo especial o divertido. Eso lo he perdido para siempre.

Se sienta en su silla y se enfrasca en el ordenador dando la conversación por terminada. Durante unos segundos me quedo con la mirada clavada en ella. Me gustaría que fueran algo más, admirarla y disfrutar de su presencia. De repente, se me ocurre una idea.

—Además de las notas, podemos implantar una nueva tradición. El amigo invisible, ¿qué te parece? Algo simbólico.

—Es una idea genial. Eso ya se hace en algunas empresas. Podemos intercambiarnos los regalos durante la cena del viernes.

—Fantástico, organízalo todo.

En esta época, ella no suele tener demasiado trabajo. Yo tampoco, por lo que siempre pillábamos vacaciones y lo vivíamos todo con más intensidad. Sin embargo, este es distinto, porque estoy preparando la propuesta que deseo que me salve de todo esto. El dejar que organice todo esto es para mantenerla ocupada, que no piense demasiado en mi inminente boda, que disfrute con estas pequeñas cosas.

Imposible.

Sus ojeras y su tristeza constante me dicen lo contrario. He dejado de escuchar sus carcajadas con las compañeras de trabajo y eso es algo que jamás me perdonaré. Muchas veces pienso en dejarlo todo, que la empresa se vaya a la mierda, y vivir mi vida junto a ella, pero sé a ciencia cierta que si Marga lo

supiera, no me lo permitiría. Hay más de dos mil familias en total que dependen de nosotros, sin contar con las subcontratas y sus empleados. Estoy en un callejón sin salida.

Durante el resto de día, me encierro en mi despacho con el tictac del reloj martilleando en mi cabeza, marcando un tiempo que se me agota de manera inexorable, sin tener la menor idea de cómo salir de este embolado en el que me he metido yo solo.

Por la tarde, cuando salgo a tomarme un café para no pedírselo a ella, la encuentro de charla con un compañero, sonrío con él de manera tímida, esa en la que se sonroja y baja la cabeza cada vez que él le dice algo al oído.

Y el monstruo de los celos asoma su cabeza.

No vuelvo por la oficina. En lugar de un café, me tomo tres copas, busco bronca en el bar y me desahogo con una pelea a puñetazos limpios.

Tampoco llamo a mi supuesta prometida y, cuando lo hace ella, le rechazo la llamada. Ya la veré en la cena de la empresa a la que se ha autoinvitado.

Desesperado por pasar un día más sin encontrar la solución, me acuesto, como cada noche, abrazado a su almohada tras echar unas gotas de su perfume con la idiota intención de recordarla y soñar con ella.



La semana está siendo especialmente agotadora. Gracias a todos los santos, no he tenido que trabajar con Alberto codo con codo, aunque me hubiera gustado. Sí, encima soy masoquista. Debo aclarar que esta época del año me trae demasiados recuerdos. Son buenos, y también dolorosos. Una mezcla entre añoranza y melancolía por tiempos mejores a la vez que un dolor profundo que me impide avanzar. Es como si estuviera anclada al pasado y me aferrara a él con todas mis fuerzas para no dejarlo escapar, aunque siento que cada día que pasa se me escurre entre los dedos.

—Entonces, quedamos este mediodía en el bar de enfrente para sacar los papelitos del amigo invisible. De paso, nos tomamos algo allí —propone mi compañera Fati.

—Sí, claro. Mandaré un correo a toda la plantilla.

—¿Contamos con él? —Me señala la puerta de su despacho con la cabeza. Desde que cortamos, no me dicen su nombre, creen que de esa forma lo llevo mejor. Me encojo de hombros, no tengo la menor idea—. Pregúntaselo.

—Hazlo tú. Últimamente, tiene un humor de perros.

—Está bien, lo incluyo en el *email*. Si quiere venir, que lo haga.

El resto de la mañana lo paso aburrida y contestando correos. Me he puesto los auriculares con mi propia música, tanto villancico por la empresa me está poniendo enferma. Cuando llega la hora, me voy al bar de enfrente, el lugar donde siempre quedamos con los compañeros.

—¿Quieres una cerveza, Marga? —me pregunta Pedro, un compañero que en las últimas semanas se está portando muy bien conmigo. Es guapo, y sé que busca algo más, aunque ahora mismo no estoy preparada para ello. Aún no. Sé que debería pasar página, que se casa en unos días, pero mi corazón todavía late por él. Por ese mismo motivo, debo distanciarme, empezar una nueva vida, por mucho que me cueste.

Poco a poco, llegan el resto de los compañeros. Nos sentamos en una gran mesa que Guillermo nos ha preparado. Casi todos los que estamos allí pertenecemos a la empresa. Se escucha el barullo de las risas, las conversaciones divertidas de fuera de la oficina y la banda sonora de los dichosos villancicos mientras yo solo me dedico a mirar la copa de la cerveza que aún no he tocado y picoteo alguna aceituna del plato que nos pone el bar a modo de cortesía.

—¿Qué vas a hacer en estas vacaciones? —insiste Pedro para sacarme de este estado de ensimismamiento en el que yo sola me he metido.

—Voy al pueblo, como todos los años, para ver a mis padres y pasar las fiestas con la familia. No es que me apetezca mucho, claro, pero cualquiera le dice a mis padres que me quedo aquí sola.

—Bueno, no tendrías que estar sola. Puedes venir a casa. Te aseguro que a los míos les encantaría. Les gusta que siempre haya mucha gente.

—Eres muy amable, gracias, pero es mejor no despertar a la fiera. Te aseguro que mi padre se colaría aquí y me cogería por la oreja para llevarme con él. Sobre todo, después de lo sucedido. Aunque te lo agradezco.

—Yo te lo ofrezco, si te lo piensas mejor, solo tienes que llamarme que, en medio minuto, hay un hueco en nuestra mesa. Estoy aquí para lo que necesites, ya lo sabes.

Toni aparece por la puerta del local con las manos en los bolsillos, su actitud chulesca y despreocupada de siempre, a la vez que silba alguna melodía navideña. Se acerca a nosotros y se sienta en una de las esquinas. Si ha venido él, sin ninguna duda aparecerá su inseparable amiguito. Solo espero que no aparezca con la Chimichú, apodo que le he puesto en referencia a la marca de zapatos tan cara que utiliza. Sé que viene a la cena de empresa, y estoy sopesando la idea de inventarme una enfermedad contagiosa para librarme de tal suplicio.

Me tomo la cerveza casi del tirón, y Guillermo comienza a poner sobre la mesa las raciones de comida que habíamos concertado. No tengo demasiada hambre. Me levanto y me dirijo a la barra para pedir otra caña, que me preparan de inmediato y vuelvo al mismo lugar.

—¿Cuál es el tope para lo del amigo invisible? —pregunta una compañera desde el otro extremo de la mesa. Casi hablamos a gritos.

—No se ha puesto todavía. Creo que sería una buena opción hacerlo ahora, ¿no os parece? Se trata de algo simbólico para ayudar a que nos conozcamos mejor entre nosotros y que el ambiente laboral sea mejor —le respondo, ya que la idea ha sido mía.

—Pues creo que debería ser unos veinte euros.

—Me parece una idea fantástica —exclama otra compañera—. Durante esta época, hay muchos gastos extras y la economía no está para tirar cohetes.

Al final, nos ponemos de acuerdo con el presupuesto. Preparamos unos papelitos donde ponemos nuestros respectivos nombres, y Guillermo, el dueño del bar, nos presta una jarrón grande para meterlos todos. Cuando estamos a punto de sacar el primer papel, el innombrable entra por la puerta. Desde que aparece, me busca con la mirada y se dirige a nosotros sin quitarme la suya de encima. Yo agacho la mía, me niego a mirarlo más de la cuenta. Estoy dolida, pero también cabreada. No esperaba ni por asomo que viniera por aquí y se apuntara a este juego.

Uno por uno, los compañeros van cogiendo su papel y se lo guardan para que

nadie sepa quién le ha tocado. Me quedo casi la última. Meto la mano en el recipiente, remuevo los papeles muchas veces, no quiero que me toque, cojo un papel y, al abrirlo, tengo la mala suerte de que me ha tocado. Trago con fuerza para aguantar con estoicidad el nerviosismo y la frustración, pero no surge efecto, por lo que decido irme al cuarto de baño a despejarme.

Tardo allí más de la cuenta. Me dedico a enjuagarme la cara y retocarme el maquillaje para disimular. He tomado la decisión de cambiárselo a cualquier compañero. No tengo porqué salir a comprarle un regalo y pensar en él más de lo que ya habitualmente lo hago. Lo con esa firme decisión, salgo de nuevo.

Allí, de pie en la barra, con una cerveza en la mano y con la otra en el bolsillo, charlando con los empleados está él y, como si me sintiera, levanta el rostro para mirarme fijamente. Todo lo demás desaparece. Todo menos él, nuestras respiraciones y nuestra presencia.

Y en ese momento sé que yo soy su amiga invisible, como él es el mío.

¡Maldita Navidad! ¡Maldito él! ¡Y Maldito el milagro que necesito y que sé que no existen!



Miro de nuevo el reloj, aún falta una larga hora para que empiece la cena de empresa. He quedado con Julia en el restaurante, por lo que termino de ducharme y me pongo el jersey de cuello alto que Marga me regaló las navidades pasadas, aunque me diga una y otra vez que debo olvidarla. No he tenido noticias del grupo inversor hasta ahora, y el tiempo se me echa encima. Doy un par de vueltas por el apartamento, desesperado, mientras espero que llegue Toni, mi mejor amigo, para ir juntos. Voy hasta el salón y me sirvo un par de dedos de *whisky*.

—¿Alguna noticia? —me pregunta en cuanto entra.

—Ninguna. Y para la semana que viene comienzan las vacaciones, dudo mucho que haya alguna antes de la jodida boda. Estoy perdido.

—Paciencia. El informe que preparaste era impecable. Nadie en su sano juicio perdería una oportunidad como esa.

—Pero lo hice tarde. Quizá si lo hubiera pensado al principio en lugar de pasarme borracho los primeros tres meses, ahora no estaría en esta situación.

—¿Por qué no se lo cuentas? Es una chica inteligente y le estás haciendo un daño irreparable. Te lo dije desde el principio.

—¿Y qué querías que le dijera?! ¡¿Cariño, me voy a casar con otra para salvar la empresa?!

—Bueno, visto así...

Me siento en el sofá, y Toni me sirve otra copa que me tomo del tirón. Pongo los codos sobre los muslos y me paso las manos por el pelo una y otra vez en busca de una solución inexistente. Desesperado. Sí es como me siento justo en este momento.

—Necesito hablar con ella una última vez... —ruego en voz tan baja que creo que no se ha enterado de lo que he dicho.

—No te vengas abajo ahora, Alberto. Necesitas ser más fuerte que nunca por el bien de la plantilla. Si ella lo supiera, apoyaría todo esto que estamos haciendo. No solo se trata de ti y de Marga, sino también de las dos mil personas que conforman la empresa. Y ahora, vayamos a esa cena. Por cierto, ¿quién te tocó en el amigo invisible?

Lo miro y no le contesto. Ya sabe perfectamente quién ha sido. La suerte no está de mi parte. Llevo toda la semana buscando el regalo perfecto para ella hasta que ayer por la tarde lo encontré en una pequeña tienda de antigüedades del centro y me he pasado la noche preparándolo. Se trata de un libro con un dibujo en relieve en la cubierta, con páginas amarillentas debido al paso de los años, y está en blanco.

—Desde luego, el destino tiene un humor muy jodido —me dice.

—Ni que lo digas —sentencio.

Salimos de mi apartamento rumbo al restaurante. Por el camino, no para de hablarme de sus últimas conquistas. Mi amigo es un hombre despreocupado que tiene mucho éxito entre las féminas.

—De hecho, he quedado con una azafata que esta noche pienso tirarme. Mañana coge otro vuelo, así que me despediré de ella a lo grande. Podríamos ir a tomar una copa después de la cena y que nos presente a alguna amiguita, así echas una canita al aire antes de dar el sí quiero.

—Ni de coña. No quiero serle infiel a Marga.

—Será a Julia. Te recuerdo que es con ella con la que te vas a casar.

—Y a la que no he tocado ni con un palo. Si la beso en la mejilla, tío. Soy un puto desastre como su novio.

—Tampoco es que ella sea un dechado de virtudes. Te recuerdo que se casa contigo para no perder la herencia y porque su papaíto le prometió comprarle un coche nuevo cada año.

—No me lo recuerdes. Me sentí como un concesionario.

—Y ella se sentiría como un cajero automático.

—¡Qué va! Su inteligencia no le llega para saber manejarlo. De hecho, creo que no sabe ni de su existencia.

Entre bromas que relajan un poco tanto el ambiente como mi humor, llegamos a la puerta del restaurante donde se celebra la cena. Lo ha elegido Marga, es el mismo de cada año y en cuanto salgo del coche, recuerdo cómo llegamos el pasado, cada uno por su lado cuando, en realidad, ambos veníamos de nuestro apartamento. Miro la esquina donde nos besamos para despedirnos y la veo llegar junto a Pedro, uno de los compañeros de la oficina. Caminan uno al lado del otro, no se rozan, casi ni se miran a la cara, pero, sin saber muy bien el motivo, me cabreo mucho.

—¡Meloncito! Te estaba esperando —escucho la voz chillona de mi falsa prometida. Cierro los ojos un instante, deseando que al abrirlos ella haya desaparecido, sin embargo, no es así. Sigue ahí. Me da un beso en la mejilla y yo suelto un bufido. Después, pongo mi sonrisa más falsa.

—¡Qué bien! —ironizo—. Entremos.

Ni tan siquiera me molesto en poner mi mano sobre la espalda de Julia como un caballero, cada uno entra por su lado. Sin embargo, veo que Pedro sí lo hace con Marga. Cierro los puños, estoy a punto de decirle algo cuando Toni me agarra del brazo para impedir que cometa una locura.

Ellos ni se dan cuenta de la situación, pasan por nuestro lado, nos saludan con un gesto de la cabeza, y prosiguen su camino como si nada, como si el tiempo que hemos pasado juntos no hubiera existido en su vida, como si ya hubiera

pasado página de nuestra historia y rehiciera la suya sin mirar atrás. Una dolorosa punzada atraviesa mi corazón, porque yo soy incapaz de hacerlo.

Quizá viva anclado a un pasado que no puede ser, a una historia que ya se ha terminado, pero me niego a verlo de esa forma. Aún no estoy casado y, aunque lo estuviera, lucharé con todas mis fuerzas hasta conseguir ser feliz a su lado.

Marga se dirige hacia la barra, donde pide una copa de vino. Como si fuera un perrito, la sigo hasta allí y me coloco a su lado, con la simple esperanza de oler de nuevo su perfume, de escuchar su voz una vez más, de estar a su lado, de imaginar que los últimos seis meses jamás han sucedido.

Siento la necesidad imperiosa de hablar con ella en privado. Por ese mismo motivo, durante la cena no le quito ojo. Y por ello, cometo la locura más bonita de toda mi vida.

6



Me he tomado tres copas de vino para sobrellevar la noche. Y la cuarta, va en camino. Siento la mirada de Alberto clavada en mí, como si fuera un cuadro al que admirar colgado en uno de los museos más importantes.

No me ha pasado desapercibido que lleva el jersey que le regalé las navidades pasadas. Le sienta a la perfección y está guapísimo con él. Evito mirarlo, pero mis ojos traicioneros vuelven a él una y otra vez.

¡Y lo detesto!

Porque a pesar de todo, de lo que me ha hecho, de que se vaya a casar con otra, sé que hay un motivo oculto que se escapa a mi incompreensión. Lo conozco desde que éramos unos críos y, o bien disimula de escándalo para no hacerme daño, o esa chica le importa un pepino muy grande porque jamás la mira como me miraba a mí, como aún lo hace. Y eso me desconcierta mucho, no quiero hacerme ilusiones y que luego mi corazón vuelva a romperse en mil pedazos.

¡Qué ilusa!

Ya lo tengo roto, y por mucho que intente pegarlo, jamás lo conseguiré, porque estar con otra persona sería como si intentara unir los pedazos de un

jarrón antiguo de valor con un pegamento del chino. De todas formas, Pedro se está portando muy bien conmigo. No se separa en ningún momento e intenta darme charla y hacerme sonreír.

Después de la cuarta copa de vino sin que aún hayamos empezado a cenar, los efectos del alcohol comienzan a pasarme factura, por lo que me voy al cuarto de baño dispuesta a despejarme un poco.

Los villancicos desde aquí se escuchan lejanos. Cierro la puerta y me apoyo en el mármol del lavabo con la cabeza baja con intención de abstraerme de todo. Escucho cómo se abre y se vuelve a cerrar, seguro que será alguna compañera, pero paso de saber quién es la que es testigo de mi desgracia. O de mi borrachera. No lo tengo muy claro.

Siento que se acerca por detrás. Es entonces, cuando levanto la mirada y lo veo a través del espejo. Tan imponente, tan serio, tan atractivo que soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea él y los momentos que pasamos juntos. No dice nada, tan solo se acerca un poco más, coloca sus manos encima de las mías con su cuerpo pegado a mi espalda, y nuestras miradas fijas el uno en el otro. Su rostro está al lado del mío. Somos incapaces de movernos. Permanecemos así durante más tiempo del estipulado, tentando a la suerte de que entre alguien y nos pille de esta guisa. Con nuestras respiraciones cada vez más agitadas. Pero todo da igual, porque he anhelado demasiado el contacto de su piel con la mía, el olor de su perfume, el calor de su cuerpo sobre el mío. Inhalo con profundidad y cierro los ojos para que este recuerdo se quede marcado a fuego en mi memoria. No quiero olvidarlo jamás, aunque sé que dentro de pocos días ya no será mío para que le pertenezca a otra mujer y eso me duele y me hiere a partes iguales en lo más profundo de mi alma.

—¿Confías en mí? —susurra. Su aliento me calienta el cuello al mismo tiempo que me eriza el vello cuando me besa en la parte baja de la oreja. No respondo. Tan solo hago lo único que no debo bajo ninguna circunstancia: cerrar los ojos y disfrutar de ese pequeño instante que me sabe a gloria—. Te prometo que...

Justo en ese momento, escuchamos cómo alguien intenta abrir la puerta. Todo pasa demasiado rápido para darme cuenta. De un solo movimiento, Alberto me coge de la mano, me arrastra hasta el interior de un cubículo al mismo tiempo que abre el pestillo, cierra la del interior de la cabina donde entramos y me tapa la boca con su mano para impedir que diga algo.

Con su cuerpo pegado al mío.

Con su perfume que me envuelve caliente como una manta en invierno, con el tacto de su mano que tanto he anhelado durante estos meses, con su mirada clavada en mí y ese brillo especial en sus ojos acaramelados.

Despacio, retira su mano para sustituirla por sus labios que me saben a gloria, a casa, a hogar, a ese chocolate caliente en un frío día de invierno. Y como adicta, dejo que me bese hasta que el deseo fluye entre nosotros sin remedio.

Puedo decir que es fruto del alcohol, puedo excusarme al pensar que esta no soy yo, sin embargo, no lo hago, porque esto es justo lo que quiero. Por eso mismo, mis manos vagan a través de todo su cuerpo por encima de la ropa, lo reconocen de inmediato, cada centímetro de su torso, cada músculo. Desesperada, acaricio su cuello y bajo hasta el límite del jersey para subirlo y tocar directamente su piel, que se eriza ante mi contacto, sin separar nuestras bocas en ningún momento.

Las suyas bajan hasta mis muslos, como tantas veces hizo en el pasado, para comenzar una carrera ascendente que enrolla el vestido que llevo puesto por el camino para dejarlo arrugado en mi cintura.

Lo deseo tanto que casi llego al orgasmo con ese simple contacto. Ahora mismo soy más feliz de lo que lo he estado jamás en los últimos meses. Me conformo con poco, pero esta será nuestra despedida.

Y estoy dispuesta a disfrutarla al máximo.

Le desabrocho el botón del pantalón vaquero con prisas, para después bajarle la cremallera. Ni tan siquiera pienso que voy a hacer luego, ni soy consciente del enorme error que voy a cometer. Pero ahora mismo, me da igual. Solo lo quiero a él una última vez.

Siento su sonrisa sobre mis labios, sus ojos en ningún momento se separan de los míos, y en ellos veo lo que me decían cuando estábamos juntos, que jamás nos separaríamos, en ellos leo el amor profundo que tanto tiempo nos costó aceptar, en ellos veo el deseo.

Casi sin darme cuenta, sus manos acarician mi pecho de esa forma tan peculiar, para luego emprender un viaje sin fin y sin prisa hacia el vértice de mis piernas. ¡Joder! Lo he extrañado tanto que tiemblo ante la sola perspectiva de volver a sentirlo. Sus labios ansiosos me besan con desesperación, mientras que sus dedos intentan apartar el filo de mi tanga y acariciar, casi con devoción, mi clítoris.

—Te amo tanto que duele —susurra.

Con un movimiento que me pilla por sorpresa, se agacha ante mí, me coge un muslo que roza con una mano al mismo tiempo que se la coloca sobre su hombro y acerca la boca a mi hendidura, que recorre despacio con devoción. Escucho su gemido, y yo ahogo el mío con el puño de mi mano. Echo la cabeza hacia atrás para concentrarme solo en las miles de emociones que recorren cada molécula de mi ser. Excitación, alegría y un enorme placer que provoca que tiemble como una hoja. Bajo la otra mano y enredo mis dedos en su pelo para acercarlo más a mí, como si quisiera que se fusionara conmigo y que seamos uno solo. Su lengua recorre mi clítoris una y otra vez, sin darme tregua, hasta que llego a un orgasmo tan brutal que me deshago entre sus brazos, que me acogen con una ternura infinita. Me besa en los labios de nuevo. No sé ni cuándo se ha levantado. Siento mi sabor en ellos.

Cuando abro los ojos, los suyos están fijos en mí, con una sonrisa de felicidad que hace meses que no le veo. Me acaricia la mejilla con esa suavidad eterna tan característica en él. Me besa de nuevo. Me coge por los muslos, que enrolla en su cintura, y me penetra de un solo movimiento certero.

Jadeamos, y nos acallamos de nuevo con nuestras bocas.

Y comienza a follarme como sabe que me gusta, rápido, fuerte, desesperado, con nuestros alientos entremezclados y las frentes unidas sin dejar de mirarnos el

uno a otro. Un vaivén interminable, un baile que conocemos demasiado bien y que se nos da de maravilla. Intentamos retrasar el momento todo lo que podemos. Se para, se frena, para volver a penetrarme de nuevo con fuerzas renovadas hasta que no podemos más y estallamos en un orgasmo que nos dejan las piernas como gelatinas.

Saciados y felices, siento cómo su semen se desliza por mis muslos. En ese momento, soy consciente de que no se ha puesto condón.

—No me he acostado con ella. La última vez que hice algo fue contigo —susurra, coge un trozo de papel y me limpia con delicadeza. Cuando ha terminado, se levanta y se acerca de nuevo a mi oído—. Confía en mí, Marga.

Me recoloca la ropa, me mira una última vez, me besa en los labios, abre la puerta con cuidado y, cuando se ha cerciorado de que no hay nadie, sale del cubículo en el que estábamos, dejándome con una extraña sensación agridulce.

«¿He hecho bien? No lo sé, pero necesitaba esta despedida».



Todavía me tiemblan las piernas cuando salgo del baño. En realidad, siento una alegría en mi interior que me cuesta trabajo disimular. Mi sonrisa podría delatarme, por lo que intento disimular como puedo, por muy difícil que sea. Cruzo la sala camino de la mesa y, en el momento en el que ocupo mi lugar, Julia me coge de la mano y me sonríe como si fuéramos la pareja más feliz del restaurante. La retiro de inmediato. No quiero que su olor se mezcle con el de Marga. A los dos minutos, la veo salir. Mis ojos no pueden despegarse de ella, a pesar de que no debería ser así. Por instinto, acaricio con disimulo su regalo a través de la tela de la chaqueta que cuelga sobre el respaldo de la silla.

—¿Todo bien, Meloncito?

—Sí, gracias. No te preocupes. Come algo, está todo delicioso —respondo sin dejar de clavar mi mirada en la de mi chica, Marga, porque pese a todo lo sucedido, mi corazón aún le pertenece.

Terminamos de cenar entre la algarabía de los villancicos, las típicas bromas de los compañeros y los efectos del alcohol que comienzan a hacer de las suyas. Algunos ya están pasados de copas cuando se decide que debemos entregarnos

los regalos.

—¡Me aburro! Además, yo no voy a recibir ningún regalo. ¡Es injusto! —lloriquea Julia, que me agarra del brazo y tira de mí para que nos vayamos ya de la fiesta.

—No perteneces a la empresa, no trabajas allí —intento explicarle, aunque sé que seguirá con la misma retahíla. Es una niña caprichosa.

—Bueno, entonces mañana me llevarás de compras y me regalarás algo.

—Está bien —claudico para que se calle la boca.

Todos comienzan a entregarse los presentes a su amigo invisible. Espero con paciencia a que llegue mi turno, paso mis dedos por el papel, mientras pienso en el regalo que le he hecho. Se trata de un libro, pero no uno cualquiera, está escrito por mí, bajo un seudónimo. En él, le narro todo lo que ha sucedido, como si fuera un diario, a modo de historia romántica con caballeros, princesas y dragones malvados que ponen en peligro el reino. He puesto todo mi corazón en esas líneas con la esperanza de que comprenda lo mucho que la amo.

Cuando llega el momento de dárselo, me acerco a Marga con el corazón en un puño, me late tan deprisa que debo morderme el carrillo interior para que no se dé cuenta de todos los sentimientos que fluyen en mí. La miro a los ojos expectante con el regalo suspendido entre nosotros, espero que recuerde el nombre que le he puesto al autor: Berto Cavili. Así me llamaba ella cuando éramos pequeños. Cavili es el nombre de la casita del pueblo de mis abuelos. Son las primeras sílabas de Carla, Virginia y Lidia, mi madre y mis tías.

Me tiemblan las manos por la emoción, así que, cuando ella lo coge para abrirlo, las meto en los bolsillos y carraspeo en un intento de poder tragarme el nudo que atraviesa mi garganta. Me mira a los ojos, pero los suyos no tienen ese brillo que siempre estaba ahí, presente en cada uno de nuestros momentos. No la culpo, desde hace meses que no lo veo, es algo que me hiere y me duele en lo más profundo.

Lo desenvuelve despacio, deshace la lazada roja con sumo cuidado, incluso se muerde el labio inferior para reprimir las ganas que la consumen por rasgar el

papel. Cuando se da cuenta de que se trata de un libro, me mira con la interrogación en el fondo de sus ojos.

—Gracias —susurra. Es lo único que dice, pero sin emoción alguna. Lo gira entre las manos para leer la sinopsis. Sin embargo, creo que no ha captado nada de lo que intento explicarle—. Lo leeré estas fiestas.

Y lo guarda en el enorme bolso que siempre lleva con ella. Coge una caja del suelo y me la ofrece. Me emociono, incluso me tiembla todo el cuerpo por la bonita casualidad que el destino nos ha ofrecido una vez más.

La abro temiendo que alguien se dé cuenta de que en realidad este es el momento que he esperado durante tanto tiempo. Intento que nuestros dedos se rocen una vez más, pero ella es más rápida que yo y consigue evitarlo. Cuando tengo el regalo ante mí, estoy a punto de ponerme a llorar como un niño pequeño. Lo cojo con las manos con sumo cuidado, como si se tratara de un objeto de gran valor. Me ha devuelto la bola de nieve que le regalé las navidades pasadas, esa donde se veía una casita de madera, rodeado de árboles, un arce y un enorme muñeco, esa misma que imaginamos que un día pasaríamos las fiestas ahí solos los dos. Con esto me dice que está dispuesta a pasar página. Siento cómo mi corazón se rompe en mil pedazos. Cierro los ojos, quiero decirle tantas cosas al mismo tiempo y que no tengo más remedio que callar que estoy a punto de estallar.

La mano de Toni se posa sobre mi brazo para calmarme. Nada lo hace. Mi mundo no tiene sentido si ella no está en él. Ahora me doy cuenta de que ni la empresa ni salvar el puesto de trabajo de los empleados tiene importancia si no despierto cada mañana con ella a mi lado. Recuerdo cada instante en el que planeamos esas vacaciones. Su emoción al describir la casita, al contar que haríamos chocolate caliente y que lo tomaríamos frente al fuego de la chimenea.

No sé qué decirle.

Estoy en blanco.

Cuando alzo la mirada, ya no está delante de mí. La busco por el local y veo cómo sale de él, seguida de Pedro, su compañero de trabajo, que la guía con una

mano en la espalda, le muestra su apoyo. Marga tiene la cabeza baja y su cabello le cubre el rostro.

Sale del local y, en este momento, me doy cuenta de la gravedad del asunto: la he perdido para siempre, y esto es algo que no me puedo permitir.

Mi vida sin ella no tiene sentido.

Necesito que lea el libro, que comprenda lo que le explico en él y tener una segunda oportunidad con ella, por muy cabrón que haya sido.



Día 19 de diciembre

No he tenido el valor de abrir el libro que Alberto me regaló. Hoy viajo a mi pueblo, él ya está allí, junto a su prometida y la adinerada familia de la Meloncito. Mi madre me ha comentado que se le ve muy poco, al parecer no se alojan en su casa, sino en un hotel que hay a las afueras. No lo comprendo, pero imagino que será pequeña para su novia, demasiado poco para el modo de vida a la que está acostumbrada.

Mañana es la boda, el tema principal de un pueblo en el que apenas ocurre nada y que está acostumbrado a que todos sepan la obra y milagro del resto de los habitantes. Tengo muchas ganas de estar a mi familia, pero muy pocas de verlo a él otra vez. Al parecer, mis primas también han venido este año; según mi madre, para darme apoyo moral. Espero de corazón no tenérmelo que cruzar. Faltan tres días para una boda que se ha convertido en mi pesadilla.

Durante el trayecto en coche, me paro en todas las estaciones de servicio que encuentro por el camino, un modo de retrasar todo lo que pueda la llegada, así cuando lo haga, será de noche, y todas las viejas estarán dormidas, o eso espero,

porque no me apetece nada escuchar sus comentarios, lamentaciones, condolencias o sus comparaciones con la novia prometida. Ni tan siquiera he puesto la radio, habrá villancicos, alusiones a las vacaciones y yo solo quiero huir muy lejos. Debería haberlo hecho, pero fui incapaz cuando mi padre habló conmigo para pedirme que no me escondiera. Tenía razón, pero es lo que pienso hacer durante todas estas vacaciones: no voy salir de mi casa ni para comprar el pan. Punto. Creo que ese es el mejor plan.

Llego al anochecer y mis padres, en cuanto escuchan el sonido del motor del coche, salen a la puerta a recibirme con su cariño habitual. Mis abuelos paternos, mis tíos y mis primas los acompañan. Todos se han unido para animarme en estos días, algo que agradezco mucho, pero que me apetece tanto como raparme la cabeza.

Después de los abrazos, los achuchones correspondientes y los pellizcos de los abuelos en las mejillas, entramos al calor de la casa. Casi cojo una pulmonía fuera con el frío que hace. Lo poco que queda de noche, la paso sentada en el sofá escuchando los chistes malos del tío Manolo, las reprimendas a su marido de la tía Adriana y las anécdotas de mis primas.

Después de desayunar, mis primas se empeñan en pasar el día fuera del pueblo. Lo cierto es que necesito esa distracción, por lo que me uno al plan. Nos marchamos a un bosque que hay a las afueras. Todo está precioso, esta noche ha nevado y la imagen que deja es espectacular. Hace el frío típico de las fechas, por lo que llevamos varias capas de ropa, además de los chaquetones, las bufandas y los guantes.

—Entonces, te dejó sin darte ninguna explicación y, al día siguiente, apareció con la nueva prometida, ¿no? —pregunta mi prima Adri tras explicarle todo lo sucedido.

—En resumen, sí. Ya he encontrado trabajo en otra empresa, si todo va bien, me reincorporo a primeros de año. Me marcharé lejos para no volver a verlo. Será más fácil.

—Me parece una idea genial, creo que te vendrá bien. Lo cierto es que no me esperaba algo así de él, parecía muy enamorado de ti.

—Yo tampoco, pero así es la vida. Un día eres feliz y al siguiente te rompen el corazón. Solo espero que pueda recomponerlo algún día.

—Ya verás como sí. Y durante estos días, nos encargaremos de que no lo recuerdes. Podemos empezar ahora. ¿Qué te parece si nos tiramos en trineo? Podemos gritar todo lo que nos apetezca... Es un modo de desestresarnos.

—¡Genial! —exclama mi prima Ester, incluso da palmaditas de alegría.

Nos acercamos a unas pistas donde un chico muy joven alquila todo tipo de material para la nieve, desde unos esquís hasta unos trineos individuales que parecen para niños, y nos indica cuál es el mejor lugar para hacerlo sin que se produzca ningún percance. Estamos emocionadas y durante varias horas me olvido de todo, solo de jugar en la nieve con mis primas como cuando éramos pequeñas, de tirarnos montaña abajo con los trineos y de caernos una y otra vez entre risas y gritos de alegría. Realmente, me siento bien todo esto.

Cuando ya estamos agotadas, nos acercamos a un restaurante que hay cerca para almorzar. Hace tiempo que no me lo paso tan bien, pero lo que es más importante, hacía meses que no me olvidaba del innombrable durante tantas horas.

Nos sentamos alrededor de una mesa que está al lado de la ventana, con vistas a las pistas de esquí de la estación. Pedimos la comida entre risas. Mi prima Adri ha intentado incluso ligar con el camarero, aunque ha sido un auténtico fiasco, a cambio, nos ha invitado a una copa de vino, que bebemos mientras nos traen el resto del almuerzo.

Justo cuando lo sirven, la puerta del restaurante se abre para dejar paso a mi mayor pesadilla: Alberto junto a la Chimichú. Ambos entran en silencio, él tan serio como siempre; ella, en cambio, parece que el mundo gira a su alrededor, tan diva y divina, con todo conjuntado, tan perfecta que dan ganas de vomitar. Solo le falta el perrito con el lacito en los brazos. ¿He dicho que me cae un poco mal?

—Pues Alberto parece que va a su entierro en lugar de preparar su boda —susurra mi prima Ester.

—Calla, que nos van a escuchar —la reprendo.

—Es verdad. Cuando estaba contigo no dejaba de sonreír. Ahora parece que le han metido un pepino por el culo o que le están haciendo una colonoscopia —replica Adri entre risas.

—Os queréis callar de una vez, os van a escuchar.

—La chica es mona, pero se nota a la legua que es una pija estirada con menos gracia que un peo en plena cena.

Las tres nos carcajamos hasta que nos damos cuenta de que ambos se acercan hasta nuestra mesa. La risa se me corta de inmediato para dejar paso a la desolación más absoluta, esa que me había abandonado durante las últimas horas.

—¿Qué tal lo pasáis, chicas? —pregunta Alberto con la mirada clavada en mí.

—¡Genial! —ironizan ambas. Yo no hablo, solo agacho la cabeza porque no quiero verlo ahora mismo.

—Alberto me ha acompañado para que almuerce aquí mientras él se acerca a casa de sus abuelos, al parecer, tiene que hacer algo importante allí.

Eso llama mi atención. ¿por qué no lo acompaña? Ese lugar siempre ha sido especial para él. Nosotros pasábamos la mayor parte del tiempo allí, en Cavili, en el jardín de los manzanos.

Y de repente, me doy cuenta.

El nombre del autor del libro que me regaló hace unos días por el amigo invisible: Berto era como yo lo llamaba cuando éramos pequeños.

Ahora tengo prisa por llegar a casa y leer su regalo.



20 de diciembre

Ofuscado y desesperado. Así es como me siento. Pensé que a estas alturas ya se habría anulado la boda, pero parece que no, y solo faltan dos días. Está claro que me tocará el gordo. ¿A quién se le ocurre casarse el mismo día de la lotería de Navidad? Solo a esta chica que no se separa de mí ni con agua fría.

Me he alojado en uno de los hoteles de la zona porque no tengo el valor de enfrentarme a mi familia durante tantas horas sin que sospechen, y mis abuelos, en cuanto me vean, sabrán que ocurre algo. Me conocen demasiado bien.

Miro una vez más mi teléfono, con la esperanza de que llegue el dichoso correo o una respuesta que parece que se resiste. Tengo unas enormes ganas de llorar, sentado aquí, frente a una chimenea en el salón del hotel. Doy un sorbo al *whisky*, solo quiero emborracharme y olvidar, quizá despertarme dentro de unos días y que todo esto haya sido una pesadilla.

Julia se ha ido a dormir. Por suerte, nos alojamos en habitaciones separadas. También tengo la esperanza de que Marga lea el libro. Pero el tiempo pasa y no ocurre nada de lo que quiero. Toni llega mañana, al menos, lo tendré a él para que me ayude a digerir que lo he perdido todo. He podido retrasar la luna de

miel hasta después de las fechas porque como gilipollas de manual que soy así podré verla a ella más tiempo. Y hacernos más daño del que ya nos estamos haciendo.

No es justo para ninguno de los dos. Me termino la copa, y estoy dispuesto a levantarme cuando veo que entra Adri, su prima. Siempre he tenido buena relación con ella, es una de las mejores amigas de Marga, constantemente quedan juntas o se llaman por teléfono. Se dirige con decisión hacia mí y se sienta a mi lado.

—¿Qué coño estás haciendo, Alberto?

—Bebo.

—Rebosas felicidad para faltar solo un par de días para tu boda —ironiza. Siempre ha sido una chica con la lengua muy rápida. —Levanta la mano para llamar al camarero.

—Gracias. ¿Vienes a felicitarme?

—Por tu cara, no sé si hacerlo o darte el pésame. Cualquiera diría que vas a un entierro. Te conozco bien, Alberto, y sé que hay algo que ocultas.

Miro a mi alrededor, la Navidad está presente en cada rincón de este lugar, en las luces de colores, en la felicidad de las personas que a estas alturas han venido para pasarlas aquí, en los arrumacos de parejas y en el nerviosismo de los críos por la cercanía de los Reyes Magos. No respondo, tan solo decido apurar el vaso y pedir otro.

—Empiezo mi despedida de soltero. Y tú, ¿qué haces aquí? —cambio de tema, no me apetece que me sonsaque nada, y Adri es capaz de hacer hablar a un mudo.

—Las chicas hemos quedado aquí con unos amigos míos. Vendrán enseguida, ya es hora de que Marga pase página, así que hoy vamos a ir a divertirnos.

Se levanta cuando tres hombres con muy buen aspecto aparecen por la puerta, se dirige a ellos con una enorme sonrisa y los saluda con dos besos en la mejilla a cada uno. Solo me falta esto y, aunque puedo levantarme y marcharme a mi habitación, me quedo allí para ver a Marga, que aparece unos minutos más tarde.

Me acomodo para observar mejor la escena. Mi chica sonríe de esa forma tímida que siempre hace, incluso se sonroja y baja el rostro cuando uno de ellos se acerca más de la cuenta. Cierro el puño de manera instintiva y tengo que aguantarme las ganas de pegarle un puñetazo en esa cara perfecta que tiene para regalarle una nariz nueva por Navidad.

Ni tan siquiera me ha mirado una sola vez. Yo soy capaz de presentir su presencia en cualquier lugar, por muy lejos de mí que se encuentre. Siempre soy consciente cuando ella est  cerca de mí. Sin embargo, ahora está dispuesta a pasar página con uno de estos hombres, y eso me consume por dentro.

Durante un par de horas, permanecen en la barra. Para mi desgracia, ni tan siquiera me ha mirado una sola vez, solo se dedica a reír con las tonterías que supongo que dirán los otros tres y los cuchicheos de las primas en su oído. Ya es la tercera copa que se bebe y no est  acostumbrada. Me quedo all  solo por si necesita mi ayuda, observándola de lejos, pero sin poder acercarme a ella.

Pido una nueva copa y, cuando el camarero se acerca, Marga gira el rostro y nuestras miradas se quedan clavadas la una en la otra. En este momento, el resto del mundo desaparece. En esta habitación, solo estamos los dos, nadie más importa, nada de lo que ocurra es más urgente que nosotros, que este instante donde nuestros corazones y almas se han vuelto a unir para formar uno solo.

Le sonrío, y sus preciosos labios se curvan de vuelta. Le guiño un ojo como cuando escondíamos nuestra relación del resto del mundo, y ella imita mi gesto.

El mundo para de girar.

Y por unos breves segundos soy feliz de nuevo.

Y nada de lo que ocurra a partir de ahora es significativo porque he tomado una decisión: da igual si consigo o no el contrato, porque tengo claro que me voy a casar con Marga.

Tengo que anular mi boda.

Y convencerla a ella.

Esa será la parte más difícil.



22 de diciembre

Cierro el libro y acaricio su tapa. No sé cómo no me di cuenta antes. Estaba claro: el nombre del autor, la foto de la portada... Todo era para contarme una historia que no podía expresar en voz alta para no fastidiar un plan.

Sé que me ama, pero también que ha sacrificado nuestro propio amor por su empresa. ¿Eso significa que le importa más que yo? No tengo ni la menor idea. Y hoy se casa con otra.

Escribo mi carta de renuncia. Pese a que me cuesta mucho trabajo firmarla, al final lo hago con los ojos empañados en lágrimas y el corazón destrozado. Necesito emprender una nueva vida, una alejada de Alberto y de todo lo que significa.

Las imágenes de los recuerdos vividos juntos se amontonan en mi mente de tal manera que me impiden pensar con claridad, por lo que voy al baño y me enjuago la cara justo en el momento que entran mis primas en el dormitorio con su habitual buen humor y sus charlas sin sentido. Sonrío por inercia, porque sé que ellas lo único que quieren es animarme de alguna manera, y se lo agradezco

con toda mi alma; solo por eso hago el esfuerzo.

En la lejanía, escucho el sonido de la televisión con la voz de los niños de San Idelfonso tan típico que anuncian la entrada inminente de las fiestas. No quiero acordarme cuando Alberto vino el año pasado a recogerme con el paquete de churros para que desayunáramos juntos y pasamos el día en el centro comercial comprando los reyes de la familia, parando a tomar un café caliente y almorzando en una pizzería. Después, nos separamos para la última compra.

Cuando llegamos por la noche exhaustos, cenamos aquí y quedamos al día siguiente para volver a pasarlo juntos. Las fiestas eran nuestras. Siempre. No nos separábamos en todo el día. Reíamos felices.

Pero todo eso terminó.

Nuestra historia finaliza hoy, y él emprende una nueva junto a otra mujer que no soy yo. Me pregunto cómo se sentirá, si me recordará o si estará tan ocupado con los preparativos que no tiene ni un solo instante que perder en acordarse de mí. Mis primas llegan de nuevo para crear el simpático caos que siempre originan en los últimos días para animarme.

—Venga, cámbiate que nos vamos.

—¿Dónde? Yo hoy no salgo de casa. ¿Sabéis cómo estará todo el pueblo con lo de la boda? No es que me importe mucho... Tampoco tengo ganas de presenciarlo, la verdad.

—¿Piensas que nosotras te dejaríamos que vieras algo de todo ese circo? ¡Ni de coña! Nos vamos de aquí.

—La última vez, nos lo encontramos en la estación de esquí —rebato—. No quiero salir de mi dormitorio en todo el día —sentencio con los brazos cruzados y la cara enfurruñada en un claro ataque infantil de cabezonería.

—Hemos quedado con unos amigos para acudir a una fiesta privada. ¡Será la bomba! Tienen una casa en las afueras, no tendrás que pisar el pueblo, y pasaremos allí hasta el día de Nochebuena, que regresaremos como niñas buenas para cenar en familia. Así que date prisa en preparar la maleta. Llegan para recogernos en media hora.

—De acuerdo —claudico, no muy convencida.

Me visto con pereza, despacio, alargando el momento de abandonar el refugio de seguridad que resulta mi dormitorio para enfrentarme a un mundo en el que no sé cuál es mi lugar, escuchando las quejas de mis primas para que me dé prisa.

Cuando llegan, salimos de casa para montarnos en el coche justo en el momento en que se escucha un revuelo que proviene de la plaza del pueblo. Varias mujeres que pasan por nuestro lado cuchichean entre ellas, se tapan la boca y me miran entre risitas cómplices. La mano de mi prima sobre el hombro me indica que pase de ellas y me monte en el vehículo sin hacerles caso.

Recuerdo que, en ese momento, Alberto debe estar en el altar junto a otra mujer, y se me escapa una lágrima solitaria y traicionera. Me la seco con rabia de un solo manotazo.

«Es la última que derramas por él, Marga», me prometo y echo un último vistazo hacia la plaza del pueblo, donde se ubica la Catedral en la que se casan, antes de meterme dentro para emprender un nuevo rumbo que haga que me olvide de una vez por todas del que sin lugar a dudas ha sido el único y gran amor de mi vida.

Casi ni me doy cuenta cuando el coche se pone en marcha. Para mi mala suerte, debemos pasar por delante, no hay más remedio, y me escondo entre los brazos de mi prima cuando veo en la puerta de la iglesia a una novia cabreada.

—No hagas caso —me susurra y, aunque lo intento con todas mis fuerzas, al final caigo. Alzo el rostro y busco con desesperación a Alberto. Necesito saber qué ha pasado. El coche va más lento de lo habitual para no pillar a ninguno de los habitantes del pueblo que se amontonan allí.

Sin embargo, no lo veo. No está por ninguna parte.

Cuando por fin sobrepasamos el lugar que parece una manifestación, el conductor acelera rumbo a esa casita donde pasaremos dos días, justo hasta Nochebuena. Agradezco que no pongan villancicos, sino una lista de canciones moviditas que cantamos por el camino. Todos rebozan felicidad, y yo llevo tanto

tiempo sin sonreír que creo que he perdido esa capacidad, ya no sé hacerlo.

Mi alma sin él está triste y se oscurece cada día que no paso a su lado.

Porque no hay nada peor en esta vida que celebrar unas navidades en soledad.

En ese momento, me recrimino a mí misma y quiero darme un golpe en la cabeza. Soy una egoísta. Hay personas que no tienen nada en estas fiestas, gente que las pasan en las calles, con frío, con hambre. Abuelitos que han dejado en residencias de ancianos y sus familiares se olvidan de ellos, o personas ingresadas en hospitales que sufren y tienen la enorme generosidad de pedir a sus familiares que no vayan ese día para que puedan disfrutarlo.

Esta vida es muy jodida y debo agradecer lo que tengo, aunque me haya arrancado uno de mis pilares fundamentales. No se trata de divertirse, ni de emborracharte, ni de regalar lo más costoso, sino de pasarla con los seres queridos, de celebrar la vida con aquellos a los que queremos. Ese es el espíritu de la Navidad.

Y me había olvidado de él.

Estos días lo haré junto a mi familia. Les dejaré claro que ellos son siempre lo más importante.

Todo lo demás va y viene, todo lo demás es superfluo. Lo único que queda es la familia de verdad, la que te ama por encima de todas las cosas.

Y darme cuenta de eso me saca una sonrisa, por fin, después de tantos meses de agonía.



Podría decir que me he acojonado. Dar mil excusas. Y no ha habido ninguna que me fuera real o válida para anular esta boda cuando ya me encontraba frente al cura y en presencia de todos nuestros seres queridos.

La verdadera razón no es que no estuviera preparado para el matrimonio, sino que no lo estoy para pasar el resto de mis días con Julia. En cambio, si pienso en eso mismo junto a Marga, la cosa cambia, mi mente fantasea y se me presenta un futuro lleno de felicidad y alegría.

Estoy jodido.

Me paso las manos por el pelo, sentado en mi antiguo dormitorio, mientras que mis padres y mis hermanas me sermonean sin entender mis cambios de parecer de los últimos meses. Si ellos lo supieran, me mandaban a Marte de una patada en el culo.

Y estoy seguro de que Marga no me perdonará jamás. Lo he perdido todo: la empresa y al amor de mi vida. Estoy tan desesperado que no sé qué hacer en este momento, solo guardo silencio a la espera de que se desahoguen y se marchen en algún momento. Necesito pensar con claridad, establecer una estrategia de reconquista de Marga, porque lo único que sé en este momento es que deseo

pasar el resto de mi vida con ella.

La conozco demasiado bien como para saber que me hará pagar cada segundo que no hemos estado juntos y ese simple hecho me hace sonreír.

—¡Y ahora se ríe! ¡Esto es el colmo de la desfachatez y la inconsciencia! — exclama desesperado mi padre.

—¡Es tu culpa, Ramón! ¡Siempre lo has consentido tanto que el niño no sabe ni lo que quiere! —le grita mi madre.

—¡Callad los dos! Ahora no valen las lamentaciones, tenemos que solucionar el marrón que ha dejado Alberto. Toda la familia de la chica está esperando una explicación lógica. ¡Somos la comidilla del pueblo! Ay, Alberto, si lo hubieras celebrado en otro lugar como te aconsejamos... Pero ¡no! ¡Tú tenías que hacerlo aquí! ¿Sabes lo mal que lo han pasado los padres de Marga? ¡Y menos mal que son unos señores de los pies a la cabeza que no nos han retirado la palabra y se han comportado con una educación impecable! ¿En qué pensabas, eh? ¡Dime! — Miro a mi hermana Marta atónito. Jamás la he visto tan enfadada.

Y no sé qué responder. Tan solo me limito a esconder mi rostro entre las manos a punto de explotar y llorar como un niño pequeño. Estoy perdido y confuso, no sé cuál será mi próximo paso y con todo lo que está sucediendo a mi alrededor soy incapaz de pensar con claridad. Necesito irme.

Justo en este momento, Toni entra en la habitación. Aún lleva la ropa de la boda. Su rostro esconde la diversión que todo esto le causa, y su postura relajada me indica que en el fondo esperaba que hiciera algo así.

—Debemos calmarnos. ¿Podéis salir para que hable con él? —pide Toni con una extraña calma.

—¡Claro! ¡Cómo no! El cantamañanas del amigo al rescate. ¡Si son Zipi y Zape! Debí suponerlo. ¡Haz que entre en razón y que no cometa otra de sus locuras! —ordena Marta con aspavientos de las manos bastante exagerados. Está molesta conmigo. Se enfadó cuando corté mi relación con Marga, ellas son amigas, pero más lo hizo cuando me comprometí con Julia. No se lo tengo en cuenta, ella no sabe los motivos reales.

Todos salen de mi dormitorio en una procesión que parece la penitencia del mismísimo Cristo Medinaceli. Cuando nos quedamos solos, Toni cierra la puerta despacio y espera que explique una situación para la que no tengo respuesta.

—Sabía que lo harías, que serías incapaz de casarte con Meloncito.

Subo el rostro, compungido. Al parecer, me conoce mejor que yo.

—¡Ufff, Toni! No la llares así, ¡me dan escalofríos solo de escucharlo! — Ambos sonreímos—. Y tú que todo lo sabes, ¿qué hago ahora?

—No sé, amigo. Lo que sí te diré es que no te será fácil reconquistar a Marga. Así que tómatelo con calma, que te conozco.

—¡No puedo hacerlo! ¡Necesito que me escuche, que conozca las verdaderas razones! Sé que me entenderá y, quizá con el tiempo, me perdone.

—Eres un iluso, ¿lo sabías? ¿Cómo coño quieres que te perdone una chica que ha estado enamorada de ti toda su vida y que, cuando por fin estáis juntos y sois felices, la dejas de la noche a la mañana casi sin ninguna explicación para comprometerte al día siguiente con otra mujer de la que jamás ha oído hablar? No te será tan fácil, necesitarás algo más que palabras y esa bonita sonrisa que tienes para convencerla.

—Estamos en Navidad, ¿no? Creo en los milagros.

—Pues necesitamos uno muy gordo para solucionarlo todo.

—Te dije que había preparado una propuesta para un posible socio. Espero que me responda pronto. Si es así, el problema de la empresa estaría solucionado, solo quedaría el de Marga.

—No seas ingenuo, Alberto. Casi nadie trabaja en estos días. Los próximos pagos que debemos hacer a primeros de mes nos dejarán sin liquidez, sin margen de maniobra, ni tan siquiera podremos pagar las nóminas de los trabajadores. ¿Qué haremos entonces?

—No lo sé. Déjame que piense.

Paseo alrededor de la habitación en busca de una solución que no llega, casi me desespero cuando me da por mirar el móvil para comprobar el correo electrónico. ¡Nada! Entro en Instagram para distraer mi atención de los

problemas. Comienzo a tener un nudo en la garganta cuando miles de perfiles muestran sus adornos navideños, las fotos con familiares, las perfectas navidades de los *influencers*, y yo solo tengo ganas de destruir de una patada el árbol de navidad que hay en el salón de la casa de mis padres. Paso por todas ellas sin fijarme en ninguna hasta que me encuentro con el perfil de mi posible socio: @robertortego.

Pincho en su él, quizá encuentre alguna pista que me ayude a convencerlo. Su última publicación es una foto en la casa en la que haría una fiesta a la que me invitó y que decliné por razones obvias. Quizá no esté todo perdido, me dijo que podía asistir con mi esposa, que sería bienvenido.

Entonces, tomo una decisión.

—Nos vamos a la casa de campo de Roberto. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. Prepárate, nos vamos de viaje.



Me levanto del sillón que hay frente a la chimenea para acercarme a la cocina. Tanto mis primas como sus amigos están allí. Yo debería ayudar, pero soy incapaz de pensar con claridad cuando mi mente viaja una y otra vez hacia la boda de Alberto. Imagino que estará feliz en el banquete, el baile de los novios, cortar la tarta, todas esas estupideces que tantas veces soñé que sería la protagonista.

Suspiro con pesadez, respiro hondo para calmar los nervios y dibujo en mis labios una sonrisa. No puedo estar así todo el tiempo, por lo que decido intentar divertirme, tal y como me han aconsejado ellas.

Cuando llego a la cocina, todos están de risas. Toman una copa de vino, que me ofrecen de inmediato y que acepto con rapidez.

—¿Os ayudo con algo? —pregunto decidida a olvidar todo, al menos, durante estos días.

—Estamos asando la carne. Puedes encargarte de preparar la ensalada —me ofrece mi prima.

—¡Perfecto! Si queréis, hago algo de postre, ¿qué opináis? —propongo,

necesito mantenerme ocupada, de ese modo, no pensaré más en Alberto. A partir de ahora, mi mente siempre estará repleta de planes.

—¡Una idea genial! —replica con una sonrisa el dueño de la casa. No recuerdo su nombre, pero le agradezco todo lo que hace por nosotras. Creo que en el fondo está enamorado de mi prima. Debo averiguarlo y, si es así, ayudarla. Por lo menos, que alguna de nosotras sea feliz.

—Pues no se habla más. Me pongo manos a la obra.

Me dirijo al frigorífico y cojo los ingredientes. Ponen música y enseguida comienzo a tararear las canciones que suenan. Por suerte, ninguna es referida a la Navidad. Tomo un par de copas más de vino mientras termino de hacer la masa de los pestiños y de los roscos de vino que mi abuela me enseñó a hacer. También voy a preparar una tarta de manzana según la receta de mi tía Eugenia. Le salen de muerte y su sabor me transporta a la infancia.

Durante un par de horas, me sumo a la divertida conversación de ellos. Hasta esta noche, no aparecerán el resto de los invitados. Cada uno se encarga de una cosa. El dueño de la casa en decorar la mesa con esmero. Ha sacado una vajilla preciosa, pone velas, flores frescas que ha comprado, porque las del jardín aún no han salido con las heladas. El amigo de ese chico ha ido a una tienda para comprar más bebidas y mis primas se afanan con la cena.

—¿Qué vais a hacer en Nochevieja? —pregunta el dueño una de las veces que entra en la cocina—. Huele de maravilla.

—No lo sé. Ahora solo pienso en el día a día —respondo con sinceridad, me encojo de hombros y continúo con mi tarea de amasar los pestiños.

—Os lo comento porque voy a celebrar una gran fiesta por todo lo alto. Si os apetece, estáis invitadas.

—¿La haces aquí?

—No, ¡qué va! —niega entre risas—. He alquilado un hotelito en la sierra. Así podremos estar en un ambiente más íntimo y, si bebemos más de la cuenta, no pasa nada porque hay habitaciones donde alojarnos. Este año tengo mucho que celebrar —alega, le da un sorbo a la copa de vino sin apartar la mirada de mi

prima. Entre estos dos hay tema que te quema. Ella le sonríe de una manera coqueta. ¡Ja! ¡No me equivocaba!

—¡Me encantaría! —desea mi prima—. Este año podemos hacerlo, Marga. Generalmente, solo pasamos con la familia los días de Nochebuena y Navidad, ya sabes que los otros dos solíamos pasarlos con los amigos. El año pasado fuimos a un cotillón...

No acaba la frase por razones obvias. No quiere que recuerde esa noche que fue de alguna manera un tanto especial. Niego con la cabeza para que comprenda que no pasa nada, que la vida continúa y que no me puedo quedar anclada a un pasado que fue fantástico, pero que jamás volverá. Debo mirar hacia adelante, planear un futuro que me haga feliz.

Meto la tarta que acabo de terminar en el horno, y lo programo. Me voy al baño para lavarme las manos. Son las siete de la tarde ya, y ha oscurecido. Me sigue mi prima que, ilusionada, no para de parlotear en ningún momento. Sonrío porque me alegro mucho de verla tan feliz. Por lo menos, una de las dos lo es.

—No hace falta que me convenzas. No te preocupes, iremos a esa fiesta. Total, no tengo otro plan mejor.

—¡Cuánto te lo agradezco! Quién sabe, quizá tu destino esté a punto de llamar a la puerta o lo conozcas en esa fiesta. Es algo que no sabemos.

—Ya —es lo único que logro decir. Ahora mismo, mi único destino es mi próximo trabajo. No le pido nada más a la vida, tan solo adaptarme a la nueva situación y que todo fluya sin demasiados sobresaltos.

Nos vamos a nuestra habitación para prepararnos para la cena. Esperamos cinco invitados más, aunque no conozco a ninguno. Adri me deja un vestido precioso junto a unos zapatos de tacón que estiliza mis piernas. Se esmera en ayudarme con el maquillaje y el peinado.

—Sabes que tengo la teoría que, si te encuentras bien por fuera, lo estarás también por dentro. Así que déjame que te arregle y no pongas más pegas.

—¡Está bien, pesada! —claudico. Si me niego, será peor.

Escuchamos el timbre de la puerta y voces de saludos efusivos. Los invitados

comienzan a llegar. No sé cuántos se quedarán a pasar la noche, solo espero que no sean muchos, me gusta estar aquí tranquila con ellos tres, se han esmerado mucho para hacerme sentir bien. Tengo ganas de que acabe la cena y volver a mi sillón frente a la chimenea, beber una taza de chocolate junto a un trozo de tarta de manzana y dormir. Estoy agotada por la falta de sueño de los últimos meses.

Cuando estamos listas, bajamos las escaleras. Hay varias personas en el salón, que el dueño de la casa, que todavía no recuerdo su nombre, nos presenta. Presto tan poca atención, que tampoco me quedo con los suyos, pero me da igual. Me voy hacia la cocina junto al pretendiente de Adri para comenzar a servir la cena. Escuchamos de nuevo el sonido de la puerta.

—¿Quién será? No espero a nadie más —me dice con una sonrisa.

—Pues sí no lo sabes tú, imagínate yo. —Sonrío y cojo una de las bandejas con los entrantes que han preparado para llevarla al salón y la dejo en la encimera de la cocina para terminar cuanto antes con esta cena que no me apetece ni lo más mínimo. El chico me sirve una copa de vino.

—Será algún amigo de Quique, aunque no me ha dicho nada —responde. Se sirve una copa para él y la entrechoca con la mía—. Por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos —repito su brindis y bebo un sorbo. Justo en ese momento, escucho una voz que me es demasiado familiar.

—¡Roberto! Espero que no te importe que acepte tu invitación.

Cuando miro hacia la puerta, me encuentro con Alberto, más guapo que nunca, que mira con esos ojos que me taladran hasta el alma. Miro a sus espaldas por si ha venido la Chimichú, y solo veo a Toni, que me observa sorprendido.

«¿A qué coño juega el puto destino?».



En otra vida he tenido que ser poco más que un santo. Agradezco a Dios, el destino, el karma o lo que sea el encontrarme aquí con ella. No quiero pensar en qué hace ni porqué. Solo centrarme en la oportunidad que se me brinda en estos momentos.

—¡Alberto! ¡Qué alegría! Pensaba contactar contigo el día 26, aunque me alegro mucho de que aceptaras finalmente mi invitación. Sabes que siempre serás bienvenido en mi casa, y más ahora que seremos socios.

Se acerca a mí y me abraza a modo de saludo. Le correspondo sin apartar mi mirada de Marga, que se refugia detrás de la copa de vino que bebe casi de un tirón. Sé que ahora mismo se contiene de decirme cualquier cosa, que está a punto de explotar, por lo que me dirijo a ella con cuidado.

—Hola, Marga.

—¿Os conocéis? —me pregunta mi nuevo socio. Ahora mismo siento una euforia que me es difícil ocultar. Mi milagro navideño ha ocurrido antes de tiempo.

«Ella es el puñetero amor de mi vida, mi persona, mi alma gemela, además de mi secretaria. Lo es todo para mí».

—Sí, desde niños —respondo, en cambio. Me trago mis palabras porque sé perfectamente que como las diga en alto se liará la marimorena. Ahora debo tener la mente fría y establecer otra estrategia. Ya he solucionado lo de la empresa, estoy tranquilo en ese aspecto, y recuperar a mi chica no será fácil, pero lo haré, estoy dispuesto a disfrutar de cada pequeño paso que dé en su dirección.

—Nuestros padres son amigos y vecinos del pueblo. Además, soy su secretaria. Señor Martínez —me saluda con profesionalidad, como si entre nosotros nunca hubiera existido nada. ¿Quieres jugar a esto? Está bien, será divertido.

—Marga. Me alegro mucho de verla, esperaba que esta mañana asistiera a mi boda.

—No tenía por qué ir, le recuerdo que ahora mismo estoy de vacaciones —me replica con esa boca que me comería ahora mismo. Me envalentono un poco, meto las manos en los bolsillos, simulando una postura cómoda que no siento ni por asomo, y me acerco un poco más a ella.

—Lo sé, pero todos sus compañeros estaban allí.

—No soy como los demás, y no se me da bien ser una pelota del jefe. Simplemente, no me apetecía perder mi escaso tiempo de vacaciones en un acto de ese tipo. —Se sirve más vino y parapeta en la copa.

—¿Por qué? ¿No se alegra de que su jefe sea feliz? —la pincho. Doy un paso más hacia ella. Es como si hubiera una cuerda invisible entre nosotros que me jalara hacia ella de manera inevitable.

—Por supuesto, señor. ¡Cómo no alegrarme! Si el jefe es feliz, seguro que será más benévolo con los empleados.

—¿Insinúas que soy un jefe malhumorado? ¿Qué me porto mal con mis empleados? —Doy un último paso y le cojo la copa de la mano para beber de ella.

—¡No por favor! ¡Que Dios me libre de decir semejante idiotez! Solo que en los últimos meses, con los preparativos, ha estado un poco más estresado de lo

normal. ¿Y a dónde ha dejado a su recién estrenada esposa? Creo que la Chimi... digo la señorita Julia le echará de menos. Es su noche de bodas. Le recomiendo que no beba mucho, no vaya a ser que no esté... a la altura de las circunstancias. —Me quita la copa de la mano y se la termina ella. Le echo una mirada reprobatoria después de tragarme la sonrisa por llamarla de esa forma. Sé que con sus primas la llaman la Chimichú. La cuestión es que no está acostumbrada a beber y si lo hace tan rápido, terminará borracha.

—No debe preocuparse por eso —digo sin especificar demasiado. No quiero decir que siempre esté a la altura, sino que no hay noche de bodas porque no ha habido boda. Pero eso ella no lo sabe, así que estoy seguro de que se lo ha tomado por el otro sentido. Me preparo para lo siguiente que va a decir. Será alguna de sus frescas. Me muerdo el carrillo para no reírme.

—¿Porque usted está siempre a la altura o porque su mujercita no es demasiado... como diría... exigente?

—No sé, piense lo que quiera, aunque deberías saberlo mejor que ella —le guiño un ojo y me giro para marcharme al salón antes de que explote de verdad. Cuando lo hago, dejo salir mi sonrisa triunfante.

Roberto nos mira a uno y otro de manera divertida.

—¿Te has casado hoy? ¡Enhorabuena! Me alegro mucho por ti —me felicita sin que se entere realmente de lo que pasa.

—No. He dejado a la novia plantada frente al altar —le aclaro sin mirarla y me paro antes de cruzar la puerta—. Simplemente, me di cuenta de que sigo enamorado de mi chica, que ese matrimonio era una falsa que pacté para salvar mi empresa, pero que ese sacrificio no merecía la pena. Ahora solo vivo para recuperarla.

—¡Pues lo llevas claro, capullo! —farfulla entre dientes.

—¿Has dicho algo, Marga?

—Creo que esa chica te hará sudar sangre antes de perdonarte. Me parece genial que te hayas dado cuenta a tiempo, pero ella lo ha tenido que pasar muy mal —argumenta Roberto. Tiene razón, pero no me rendiré jamás.

—Quizá no le perdone nunca. Me parece que ha perdido la oportunidad —me replica con una sonrisa triunfante en el rostro.

—A lo mejor eso es lo aparenta desde afuera, Marga. —Me giro para encararla y que vea en mí la firme proposición de recuperarla—. Pero ¿sabe una cosa? Esta mañana cuando me desperté estaba desesperado. He pedido un jodido milagro desde hace meses. Solo uno: no perderla porque es el amor de mi vida. En una ocasión me dijo que si realmente se estaba enamorado había fallos de la pareja que se podían perdonar; otros, como la infidelidad, sería su límite infranqueable. Y, ¿sabes qué? —Me acerco más, tanto que casi rozo su rostro con el mío. Me agunto las ganas que tengo de aspirar su aroma como si fuera un puto perro—. Jamás le he sido infiel ni tan siquiera con la Chimichú. Me he esforzado demasiado en eso —Sé que Roberto nos escucha, por eso me acerco más para hablarle al oído—. Tengo todo un máster en repertorios de excusas para no besarla, porque mis besos son solo tuyos.

Dicho eso, me doy la vuelta y salgo de la cocina. La miro de reojo sin que se dé cuenta, se está sirviendo otra copa de vino con las manos temblorosas y se la bebe de un tirón.

No quiero pecar de arrogante, pero nuestro amor supera estos pequeños baches. La conozco demasiado para saber que me hará sufrir. Estoy preparado para luchar por ella.



Día 24 de diciembre

Me he pasado los últimos dos días huyendo de Alberto como si tuviera una enfermedad contagiosa. La noche que llegó fue fácil, tan solo necesité meterme en mi habitación tras una cena de lo más incómoda. Para el desayuno, tampoco bajé y fingí un dolor de cabeza que terminó con él en mi dormitorio dispuesto a cuidarme.

El sábado al mediodía decidí salir por fin de mi escondite, pensé que sería más fácil evitarlo si estábamos en compañía. Me olvidé que es un cabezota y que, cuando se le mete algo en la cabeza, lucha por eso hasta el final. Y se había encabezonado en recuperarme.

¡Tengo un problema! Bueno, en realidad, dos, porque acabo de llegar a casa de mis padres y no hay luz. Están desesperados llamando a un electricista de guardia que pueda arreglar la avería. Mi madre va de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer, mientras que mi padre está enganchado al teléfono, pero ninguno de los profesionales que ha encontrado en internet trabaja hoy.

Mi abuela está sentada en el sofá, teje una bufanda de color rojo sin decir

nada, cosa que me extraña, porque ella es de esas personas que siempre tienen algo que decir, que objetar o criticar con esa manera tan peculiar, tan solo se limita a mirarme de reojo con una sonrisa en el rostro que me escama.

—¡Tenemos que hacer algo! —sentencia mi madre—. No podemos celebrar así la Nochebuena, ni tan siquiera puedo terminar de cocinar el pavo.

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Pues no sé! Intenta arreglarlo.

—Ten cuidado no vayas a dejar al resto del pueblo sin luz —farfulla mi abuela.

—¡Señora!

—¡Mamá! —exclaman ambos a la vez.

Mi padre se acerca al cuadro eléctrico con una linterna, baja los diferenciales, los vuelve a subir sin resultado alguno.

—¿Has pagado la factura? —indaga mi abuela con inquina.

—Señora, por favor, ¿podría mantener la boca cerrada?

—Yo solo pregunto —finge inocencia, incluso levanta las manos como si no hubiera roto un plato en su vida—. Hace frío y ya que no tenemos luz para encender la estufa, podrías ir a comprar leña para la chimenea, ¿no crees? Soy una persona mayor, a esta edad no me conviene pillar un resfriado, se podría complicar. —Coge de nuevo las agujas de coser y continúa con la bufanda sin levantar la vista. Mis primas me miran aguantando la risa.

—Cuando llegue tu hijo, le diré que vaya. Mientras, intentaré llamar de nuevo —dispone mi padre sin hacer caso del comentario de la abuela. ¡Bien hecho, papá, o tendremos una discusión bastante absurda!

Mi tío llega de trabajar media hora más tarde, intenta arreglar la avería junto a mi padre, sin resultado alguno, por lo que al final se marcha de nuevo a comprar la leña. Mis primas y yo nos dedicamos a charlar en el salón sobre todo lo sucedido. Ni tan siquiera podemos tomar un café. De vez en cuando, mi abuela nos mira de soslayo, como aquella que guarda un secreto inconfesable. Al mediodía, no tenemos más remedio que pedir comida al bar al que siempre van

mis padres. Seguimos sin luz, y la cena sin preparar. Mucho me temo que esta noche, tendremos que volver a hacer lo mismo y pasar la fiesta en un ambiente íntimo rodeado de velas.

Tengo aún más claro que la mala suerte me rodea cuando me voy a duchar y el puñetero termo es eléctrico. Mis ganas de salir corriendo se intensifican por momentos. Si antes no me apetecían estas fiestas, ahora mucho menos. Solo quiero que terminen cuanto antes, que sea el día ocho y empiece mi nuevo trabajo.

Mi desdicha se intensifica cuando golpean la puerta y, al abrir, en lugar de aparecer mi tío como creía, me encuentro con los padres de Alberto junto a Paulina, su hermana, que corre hacia mí y me abraza con cariño.

—¿Cómo estás, Marga? —Ella es la única que me llama así desde pequeñas.

—Bien.

—Sí, ya... Bueno, nos hemos enterado de lo que os ha pasado con la luz. Papá viene para ver si os puede ayudar en algo.

—Exacto, no sé nada de electricidad, pero por echar un vistazo no pasa nada, ¿no?

—Os lo agradezco. Entrad, por favor. —Les dejo paso, mamá se acerca a recibirlos, y la abuela sonrío de nuevo.

—Estos días están siendo raros para todos. Nuestro Alberto decidió casarse con una chica que no conocíamos y luego la dejó plantada frente al altar —parlotea su madre, que se da cuenta de su metedura de pata y se calla de inmediato—. Lo siento, hija. Imagino que aún te afectará este tema.

Me acaricia el rostro con ternura. Tengo que respirar hondo y tragar saliva para que no se note que sus palabras aún me hieren en lo más profundo. Dibujo una sonrisa falsa que logra recomponerme.

—No se preocupe. Estoy bien.

—Bueno, lo que decía, que hemos hablado y no vamos a consentir que vosotros paséis así esta noche, por lo que os venís a casa.

Mi madre me mira, intenta replicar algo, pero el padre de Alberto no deja que

proteste. Yo hago lo mismo, y me interrumpe con solo subir la mano, es un hombre que siempre me ha dado un poco de respeto por lo autoritario que es, pese a que lo conozco desde pequeña.

La cuestión es que, al final, contra todo pronóstico, termino en casa de Alberto para celebrar una Navidad más con mi familia, la suya y con él, que me mira con tanta intensidad que me siento como si fuera el pavo de esta noche y con una sonrisa en los labios tan sincera que tengo la certeza de que esta noche cambiará de nuevo el rumbo de mi vida.

Así no hay manera de huir.

*Nochebuena*

Verla llegar junto a mi familia, a mi casa, precisamente esta noche, es la sensación más bonita que he experimentado jamás. Obvia decir que me siento feliz por el simple hecho de poder pasar estas fiestas junto a Marga. He necesitado tirar de artillería pesada. Me han ayudado tanto mis padres, como su abuela, que se ha cargado la electricidad de su casa no sé cómo. No me va a perdonar, la conozco demasiado bien, pero si podemos repetir lo de la cena de empresa...

Sonrío al recordarlo como un puto niño pequeño el día de reyes. Me he convertido en un hombre con una misión que cumplir. Por eso, nada más entrar por la puerta, voy hacia ella.

—Bienvenida, Marga, deja que te ayude. —Me acerco, le doy dos besos en las comisuras de los labios y la ayudo a quitarse el abrigo. He encendido la chimenea y las luces del enorme árbol de navidad centellean en la habitación creando un ambiente mágico. Debajo de él, los regalos, donde hay uno muy especial para mi chica. No sabía si la vería hoy, pero tenía la esperanza de poder dárselo tras las vacaciones.

—No hace falta, gracias. —Huye despavorida hacia el otro lado del salón y se coloca al lado de mi hermana.

—Llevaré el abrigo al dormitorio —me ofrezco y omito que es en el mío donde terminará y así tener una excusa para llevarla allí al final de la noche. Sí, es un recurso pobre y casi sin sentido, pero dicen que «tiempos desesperados, requieren medidas desesperadas». Y no hay nada que refleje mejor mi realidad.

Subo con rapidez las escaleras, lo dejo sobre mi cama, y vuelvo a bajar a la velocidad de la luz; no quiero perderme ni un solo segundo de estar a su lado el mayor tiempo posible.

Cuando llego al salón, ha desaparecido en la cocina junto a mi madre. La sigo hasta allí, la veo con un delantal puesto y una copa de vino mientras se afana en ayudar a mi madre con la cena. Es una fotografía tan real, tan cercana y tan habitual en ella que me evoca a las veces que hizo eso mismo cada vez que veníamos al pueblo en vacaciones. Me recuerda que Marga aquí se siente como en su casa, que es algo que le sale natural, y que cometí el mayor error de mi vida cuando no le conté nada.

Me acerco por detrás como si no pasara nada entre nosotros, le cojo la copa de vino despacio para poder disfrutar de su aroma un poco más, incluso me atrevo a aspirar el olor de su cabello, y bebo de la copa ante su rostro de sorpresa. No digo nada, me limito a sonreírle y le guiño un ojo.

Claro que Marga al principio se queda quieta, no se lo esperaba, y luego me mira enfadada y se separa de mí con brusquedad, dejándome una enorme sensación de vacío.

—Hijo, ayuda a Marga a poner la mesa, ya casi es la hora —dice mi madre cuando se da cuenta de que busco cualquier pretexto para acercarme.

Durante un rato, jugamos al gato y al ratón: me acerco para darle los platos, acaricio sus dedos por el camino, y ella huye de mí como si en casa hubiera fuego. En realidad, lo hay, algo está a punto de explotar, pero es mi corazón de pura dicha. Repito lo mismo con cada cosa que ponemos sobre la mesa, intento tropezarme una y otra vez, y con eso sube su enfado y yo me río por dentro.

Llega el momento de sentarnos a cenar y, pese a sus intentos por colocarse en el otro extremo de la mesa, consigo hacerlo a su lado. No ha tenido escapatoria tras varios intentos, aunque debo decir que he contado de nuevo tanto con la ayuda de mi familia como de su abuela, que se han acomodado en lugares estratégicos para que no tuviera otra opción.

Resopla y se sienta a mi lado. Es una mesa alargada, pero, con tanta gente, estamos un pelín apretados. El calor de su pierna traspasa incluso la tela vaquera de mi pantalón. Es un sufrimiento que estoy más que dispuesto a soportar, en realidad, más que encantado.

Mi madre no para de charlar con la suya, y nuestros padres beben sus copas de vino entre brindis mientras escuchamos de fondo los villancicos navideños de la televisión o las actuaciones del programa especial de turno. Los observo en silencio y lleno de felicidad. Estos que están sentados alrededor de la mesa son mi verdadera familia. Y a mi lado, como no podía ser de otra manera, mi chica, mi Marga. Mi padre se levanta para dar su típico discurso navideño, más solemne que incluso la del propio Rey.

—Querida familia, cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de lo rápido que han pasado los años. Las personas mayores comprendemos que el tiempo se nos escapa entre los dedos, por eso quiero dedicar estas palabras a la gente joven que hay alrededor de esta mesa; a mis hijos, Alberto y Marta, a la que considero mi otra hija, Marga, y a sus primas Adri y Ester —Nos mira uno a uno para que prestemos atención—. La vida es un largo camino que está repleto de obstáculos, por eso os pido que nunca soltéis la mano de vuestras familias, amigos o de esa persona que amáis. —Se hace un silencio donde todos nos miramos, donde mis ojos recaen en el rostro de Marga, que agacha la cabeza. Le cojo su mano y entrelazo mis dedos con los de ella, que no se resiste.

»El amor es la mayor fuerza que podemos encontrar en esta vida. Si nos rendimos a él, si contamos con el amor de los nuestros, no hay nada que no podamos conseguir. Por eso, en este día tan especial en el que se celebra el nacimiento de Cristo, quiero que también se conmemore la vida y el amor.

Sonreíd por los éxitos, por las cosas pequeñas que nos ofrece la vida.

»Llorad cuando sea necesario porque lo que se guarda, lo que no se comparte, se enquist. Aprended a perdonar. No hay nada en esta vida que dé más satisfacción que perdonar los errores de los demás, te proporciona la paz suficiente para estar bien contigo mismo y te ayuda a sonreír, a amar y a celebrar la vida. Olvidad las obligaciones, el estrés, los calendarios ajustados y el trabajo cuando lleguéis a casa, porque la vida gira, en realidad, en torno a ser feliz.

»Aprovechad cada instante, cada momento, cada segundo que podáis para ser felices, porque cuando seáis mayores os daréis cuenta de que el tiempo no vuelve, que jamás perdona y que no da la oportunidad de hacer eso que dejasteis a un lado por las obligaciones. Os deseo una larga vida repleta de amor, felicidad y salud.

Brindamos con mi padre, entrechocamos las copas con los ojos empañados en lágrimas por el momento emotivo que acabamos de vivir. Ahora mismo no tengo nada claro, lo único que sé es quiero hacer caso a sus palabras y vivir cada instante con Marga como si fuera el último.

Me giro hacia ella, le cojo la barbilla con dos dedos para subirle el rostro con suma suavidad, quiero que me mire a los ojos por primera vez desde que nos hemos reencontrado, deseo que vea en ellos todo lo que me gustaría decirle en este momento. Nuestras miradas se quedan ancladas la una en la otra lo que parece una eternidad hasta que por fin dibuja una pequeña sonrisa en sus labios. No es a la que me tiene acostumbrado, no es la que siempre me dedicaba a mí y solo a mí, pero es un principio y con esto me conformo.

Aprovecho y disfruto de los pequeños instantes, y este es uno que guardaré en mi corazón para siempre.

—Feliz Navidad, Alberto —me dice. Entrechoca su copa con la mía.

—Feliz Navidad, Marga —repito, aunque me hubiera gustado contestarle de otra manera.

Habrà tiempo. No puedo acelerar el proceso. Tarde o temprano me perdonará. Mi milagro navideño se ha hecho realidad.



Navidad

Me levanto tarde, anoche fue un cúmulo de sensaciones contradictorias para las que no tengo explicación ninguna. El discurso de su padre me afectó más de lo que estoy dispuesta a admitir. Y para colmo, no nos dejaron marcharnos a casa con la excusa de la falta de luz. Menos mal que como no hay demasiado espacio, he dormido en un dormitorio con mis dos primas.

El olor a chocolate caliente hace que me levante y vaya directa a la cocina, donde nuestras madres y mi abuela se afanan en preparar un desayuno delicioso. Han horneado galletas y bizcocho casero. También hay pan recién hecho y varios tipos de mermeladas sobre la encimera. Charlan entre ellas de manera animada, mientras mi abuela se burla de ellas. Su relación siempre ha sido muy buena. Ni tan siquiera me he vestido, sigo con el pijama y una bata calentita que me prestó anoche su hermana. Me quedo observándolas durante unos instantes en la puerta, con miedo a interrumpir ese momento, hasta que siento su presencia detrás de mí.

Me agarra con suavidad por detrás y me da un simple beso en la mejilla que

me estremece por completo.

—Buenos días. No hagas planes después de desayunar, tengo preparada una sorpresa —susurra en mi oído. Giro un poco el rostro para mirarlo a los ojos, voy a decir algo pero lo impide al colocar un dedo sobre mis labios—. No hay excusas. Llegaremos a la hora de almorzar, no te preocupes.

La noche anterior estuvimos tan bien, que no me atrevo a contradecirlo por miedo a fastidiar las fiestas a nuestras familias. Me doy una tregua, la necesito después de los meses que he pasado.

—¿Dónde vamos? —le pregunto, claudicando.

—Antes no eras tan curiosa, solo te dejabas llevar. Según recuerdo, te encantaban las sorpresas.

—Tú los has dicho. Eso era antes de que alguien traicionara mi confianza. — Tal y como lo digo, veo el dolor reflejado en sus bonitos ojos y me maldigo por ser tan borde, aunque en mi defensa diré que no lo he podido remediar, me ha salido solo. Cierro los míos para calmarme y por vergüenza a mi metedura de pata—. Lo siento, no me hagas caso, me he levantado con el pie izquierdo.

—¿No has dormido bien?

—Sí. Bueno, no mucho —me sincero.

—Ven. —Entrelaza nuestros dedos y tira de mí para entrar en la cocina. Me doy cuenta de que él ya está vestido, sin embargo, yo sigo en pijama. Él está perfecto, mientras que yo parezco la hermana gemela de Shrek.

—Hola, hijo, ¿ya te has levantado? —le pregunta su madre, se acerca a él y lo besa en la mejilla con cariño—. Idos al salón, enseguida estará el desayuno.

—No te preocupes, mamá. Nosotros nos vamos, volveremos para el almuerzo.

—Necesito ir a casa para cambiarme de ropa, Alberto. Sabes que no tengo nada aquí —le recuerdo.

—Ya me he encargado de eso. Ve a mi dormitorio, allí te he dejado algo de ropa que puedes ponerte. Te espero aquí, no tardes.

Me quedo perpleja, no se da por vencido, así que no me queda otra que ir a su

dormitorio, donde no quería entrar ni de broma por los recuerdos. Antes de subir las escaleras, me frena y me da un beso en la mejilla, justo en la comisura de los labios.

Cuando entro, hay ropa de su hermana sobre la cama, la reconozco de inmediato, porque yo misma la acompañé las fiestas pasadas al centro comercial. Es un vestido precioso rojo con unas botas de caña alta con tacón en color negro. El conjunto lo completa un abrigo que parece muy calentito.

Aquí huele a él, a su perfume. Me fijo en cada detalle del dormitorio, aún está el panel de corcho donde cuelga sus recuerdos. Hay fotografías nuestras de años pasados, donde éramos felices. Observo cada detalle por primera vez. Hay una entrada de cine, la primera vez que fuimos juntos; un billete de tren, el que utilizó para ir a verme cuando me marché a la universidad; la foto del primer hotel en el que estuvimos, un trozo de un cordón rojo, el que utilizó para contarme la historia del hilo rojo y que nos cargamos entre risas. Toda nuestra historia está ahí.

Acaricio algunas de sus cosas de la cómoda. Su bote de perfume, el neceser, una bolsita de chicles que siempre lleva con él desde que dejó de fumar, mi bola de nieve. Todo este lugar es conocido, es hogar, es nuestro hogar.

En este momento, me doy cuenta de que la vida sin él no tiene sentido, que todo mi mundo gira a su alrededor, que está presente en cada recuerdo de mi vida. Me entran ganas de llorar, me las trago porque no es el momento. Quiero huir lejos y, al mismo tiempo, quedarme cerca. Alberto ha tomado la decisión de reconquistarme, de estar juntos de nuevo. Y se ha molestado de preparar cada detalle, como hacer que me vista aquí para que sea consciente de que él jamás me ha olvidado, que todo está como siempre.

Debo pensar muy bien si soy capaz de olvidar y perdonar. Sería muy fácil dejarme llevar, pero me conozco y sé que ante cualquier discusión podría echárselo en cara, y no se lo merece, creo que ninguno de los dos.

Me visto despacio, mi mente sopesa la idea con detenimiento, enumera los pros y los contras que tendría en caso de perdonarlo. No soy capaz de tomar una

decisión. Mi mente y mi corazón están enzarzadas en un dilema. Cuando termino, bajo las escaleras, donde ya me espera con el chaquetón de paño azul marino puesto.

De nuevo, entrelaza nuestros dedos y salimos de su casa hacia el coche. Me dejo llevar por primera vez en mucho tiempo. No sé qué me ha preparado, pero lo miro y lo que veo en sus ojos hace que todas las dudas se disipen como el humo.

—¿Preparada?

—No sé para qué, Alberto. Ahora mismo, me asustas —me sincero, y no porque él pueda hacerme algo, sino porque es el único capaz de destrozarme con una sola palabra.

—No temas. Solo quiero que hablemos. Aquí, en casa, con todos, es imposible, ¿no crees? —asiento y me abre la puerta para que entre.

Arranca y nos dirigimos hacia la zona de las montañas. Es una mañana fría, a pesar de ser ya cerca de las doce y media, el sol no ha sido capaz de calentar el aire. A medida que subimos hacia una zona que no conozco, los cristales están más helados. El silencio reina en el interior, tan solo roto por el sonido de una lista de canciones elegidas con cuidado para volverme loca.

De pronto, llegamos frente a una cabaña de madera alejada de todo. El lugar está muy cerca del pueblo, sin embargo, aquí arriba parece que estamos solos. Está iluminada con luces de Navidad.

—Entremos.

De nuevo me coge la mano, parece que se ha acostumbrado demasiado deprisa a este simple gesto. Lo peor de todos es que no pongo resistencia. Cuando abre la puerta, la chimenea está encendida, todo el salón decorado con motivos navideños y velas repartidas por toda la estancia, algunas de ellas, perfumadas, que desprenden un agradable olor. Todo está tal y como soñamos en antaño.



Preparar todo esto en tiempo récord ha supuesto todo un desafío, sobre todo porque más de medio pueblo disfruta de las vacaciones junto a sus familias. Solo por ver su cara de ilusión, ha merecido la pena. Con esto pretendo que hablemos en un ambiente más relajado, sin que tengamos interrupciones familiares, explicarle todo con calma para que me comprenda y abrirle mi corazón a pecho descubierto. Lo que pase después es una ecuación con cinco incógnitas, porque, con ella, cualquier cosa es posible.

Entra despacio, analiza todo lo que ve a su alrededor. He intentado que esté todo tal y como hablamos en su día para que comprenda lo importante que es ella para mí. Se quita el abrigo y lo deja sobre el enorme sofá que está frente a la chimenea. La mesa ya está puesta, a la espera de que sirvamos el desayuno, que me he traído de casa para no perder el tiempo en hacerlo. También he sido precavido y he traído parte del almuerzo, dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

—Albertooo —susurra, y su tono de voz me confunde, no sé si se trata de una advertencia o por el contrario denota sorpresa. Me doy cuenta de que todo este tiempo estoy aguantando la respiración a la espera de su veredicto, con los

nervios metidos en el estómago y una presión en el pecho que no desaparecerá hasta que diga algo más. Me acerco y me pongo frente a ella y le cojo de las manos para que me preste atención a lo que voy a decirle.

—Siempre soñamos con esto. Sé que he tardado demasiado en hacerlo realidad. Solo pretendo que hablemos, tener una conversación y aclarar las cosas entre nosotros. Soy consciente de que te he hecho mucho daño durante todo este tiempo, que podría haber confiado en ti y contártelo todo desde el principio, sin embargo, en mi defensa diré que jamás quise hacerte daño, que pensé que de esa manera te sería más fácil odiarme y de esa manera que me olvidaras. No conté con algo —Suelto una de sus manos y la coloco sobre su corazón—, siempre estaré aquí. —Cojo la misma mano y la llevo sobre el mío—. Al igual que tú siempre estarás aquí. Nos pertenecemos el uno al otro, Marga, no hay nada ni nadie que nos pueda separar porque nuestro amor es profundo y verdadero. No pretendo que me perdones solo por esto, quiero que suponga el principio a algo. Si es lo que quieres, podemos ser amigos, estoy dispuesto a ganarme de nuevo tu confianza. Ir poco a poco, solo te pido una oportunidad, que no me alejes de tu lado para poder demostrarte lo mucho que te amo.

—Sé que lo hiciste por la empresa, lo que no comprendo es porqué suspendiste la boda sin tener resuelto ese tema —expone con un tono tan bajo que se me parte el alma ser el responsable de su dolor.

—¿No lo entiendes de verdad o es que no quieres verlo? Es muy sencillo. No estaba dispuesto a sacrificar mi amor por ti por ningún trabajo, por ninguna empresa, por nada en el mundo. Lo entendí tarde, pero ese día lo vi con tanta claridad que me fue imposible llevar a cabo mi plan. Solo pensaba en huir contigo lejos de todo y de todos. Debo aún muchas explicaciones, a ella, a sus padres, pero ahora mismo lo único que me importas eres tú —le explico con toda la sinceridad que soy capaz en este momento.

—¿Me antepusiste a la empresa, a esa a la que has dedicado tanto tiempo?

—Te antepongo a cualquier cosa que me aleje de ti. Siempre te he amado. Te quiero tanto que me duele cada día que pasamos separados. ¿Sabes que te hacía

recitarme las citas del día solo por estar cinco minutos más a tu lado? Porque me era imposible renunciar a ti. Que encargaba que me trajeran todos los días una margarita, que la ponía en el interior de mi chaqueta solo por estar más cerca de ti, porque un día me di cuenta de que olías a ellas, y de esa forma podía tener tu aroma a mi lado.

Sus ojos están empañados en lágrimas, y no me puedo resistir la tentación de enjugárselas con mis dedos. Le levanto el rostro para que me mire, y nuestras miradas se quedan clavadas la una en la otra. La beso en la frente, con cariño, con amor, aunque lo que me gustaría es besarla en esos labios que me llaman a gritos para borrarle cualquier duda que tenga. Sin embargo, decido ser prudente, y solo la abrazo para ofrecerle el consuelo que ahora mismo necesita. Sé que estará liada, que no tendrá ni la menor idea de qué pensar. Pero también soy consciente de que no me ha dejado de amar ni por un solo instante. Su cuerpo tiembla entre mis brazos, aunque no se mueve ni me devuelve el abrazo, tan solo se limita a dejar que le ofrezca ese consuelo. Nos quedamos sí unos minutos, con las respiraciones alteradas por el momento tan íntimo que estamos viviendo, hasta que sus manos se posan en mi espalda y me abraza con fuerza. No sé el tiempo que nos quedamos así, hasta que ella habla.

—Bésame, por favor.

Y esas palabras son música para mis oídos. Claro que la beso. Mis labios se pegan a los suyos con devoción, quiero demostrarle lo mucho que la amo, lo que la he echado de menos, lo que la necesito a ella, a sus besos, a sus abrazos y sus risas. Me afano en ir despacio, en acariciar con mi lengua cada recoveco de su boca, en guardar en mi mente su sabor, en aspirar su aroma con profundidad para que se me quede grabado a fuego sin apartar mis ojos de los de ella.

No quiero ir más allá, tan solo besarla, pero mis manos traicioneras recorren su cuerpo por encima de la tela del vestido que pronto comienza a estorbarme, aunque soy capaz de reprimir mis ganas hasta que sus dedos se cuelan por debajo del jersey y lo arrastra hacia arriba, asegurándose de acariciar cada centímetro de mi piel a su alcance.

Me quedo sin respiración.

Me separo un poco para enfrentar su mirada. En ella veo anhelo, deseo, y felicidad. Es lo único que necesito para que mis manos vuelen sobre su ropa hasta llegar a sus muslos. Sin dejar de besarla, la llevo hasta el sofá frente a la chimenea, y la recuesto con cuidado y me recuesto encima. Sigo besándola, marcando un recorrido por su cuello hasta llegar al escote, al mismo tiempo que desabrocho la cremallera de su vestido y se lo bajo para facilitarme el acceso. Cuando se lo he quitado, me alejo un poco para contemplar las vistas. ¡Está tan preciosa con ese conjunto de ropa interior de encaje, con sus medias a medio muslo y las botas de tacón! Es la imagen más erótica que he visto jamás.

—¿Estás segura? —le pregunto, le doy la posibilidad de parar si no lo está ahora mismo, aunque en el fondo rezo para que no lo haga.

Solo asiente, me rodea el cuello con sus brazos para acercarme a ella y devorar mis labios con ansias, las mismas que tengo yo de comérmela entera como si fuera el manjar más exquisito sobre la mesa del mejor restaurante del mundo. Bajo las copas del sujetador para lamer sus pezones con devoción y descender por esa piel que tanto he anhelado. Antes de llegar a sus muslos me separo.

—Quiero que sepas que no he estado con nadie más en todo este tiempo, que no he sido capaz ni tan siquiera de besar a Julia en los labios, solo en la mejilla porque me parecía que te era infiel. Desde que rompí contigo, solo me he acostado contigo el día de la cena de empresa.

De su garganta sale un suspiro de alivio, en realidad, ambos lo hacemos. Una vez que me he sincerado, abro sus piernas para besar esa parte tan sensible por encima de la fina tela del tanga. Deposito pequeños besos aquí y allá, hasta que no puedo más y el deseo me consume por dentro.

Hago el recorrido al contrario, intento controlarme todo lo que puedo, hasta que mis fuerzas flaquean cuando Marga desabrocha el botón del pantalón y saca mi erección que a estas alturas ya es dolorosa. Me quito el pantalón con prisas, arrastrando el bóxer por el camino mientras ella se deshace de la poca ropa que

le queda.

Cuando ambos estamos desnudos, me coloco sobre ella de nuevo sin dejar de mirarla a los ojos, entrelazo mis dedos con los suyos y la penetro despacio, reprimiendo las ganas que tengo. Quiero que dure por una eternidad.

Durante las siguientes horas, las pasamos juntos, sin dejar que nuestros cuerpos se separen el uno del otro, no paramos de besarnos, de acariciarnos y de venerar cada centímetro de nuestra piel.

Y este será nuestro ritual de cada navidad, porque no hay mejor manera de celebrarlo que al lado de la persona amada.

No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

La Navidad es la fecha de la ilusión, de los reencuentros, de festejar la vida, pero también la esperanza, de volverse un niño para creer en los milagros, porque vivimos en un mundo donde predomina el estrés, las discusiones por las mayores tonterías y necesitamos de ese pequeño oasis de felicidad.

A veces, los milagros existen.

Y no debemos olvidar a ese niño pequeño que todos tenemos en nuestro interior y que cree en ellos. Tener una ilusión, un sueño, es algo que todos debemos tener.

¡Feliz navidad a todos!

Espero de corazón que tengáis ese milagro en vuestra vida.

Agradecimientos

Esta parte siempre es la que más trabajo me cuesta porque pienso que puedo dejar a un lado a personas importantes que me han acompañado durante el tiempo que he escrito la historia, y no me gustaría.

En primer lugar, a mis lectoras cero, a mi **equipo Chocochuga**, que son las que siempre me animan a continuar, las que me acompañan a diario en mi trayectoria literaria, que me ponen las pilas, me regañan cuando no tienen capítulo y se lo leen en cinco minutos cuando se los envío. Ellas son: **Rocío, Dorcas, Ampí, Pili, María José y Noni**.

A **Rocío Pérez**, por ser esa lectora minuciosa que siempre pone la pega, que me quita las repeticiones y me regaña cuando cometo errores siempre con esa gracia que le caracteriza. Aún me río con la letra de Alejandro Sanz que me puso como regalo al final del capítulo 13.

A mis **Masterianas**, porque siempre están ahí dispuestas a echar un cable, a resolver dudas y a recordarme que hago más de lo que creo, que debo pensar en positivo. **Rachel Rp, Marta Lobo, Marisa Cazpri y Noni García**. Gracias por encontrarnos. Os quiero mil.

Al **Comando G**, por encontrarnos en un punto donde un viaje a Barcelona fue algo más que un recorrido en coche. Fueron risas, confidencias, directos y mil locuras que nos unió de una manera que jamás pensé. Por muchos eventos, desayunos, tazas y directos más. Ellas son: **Gema Tacón, Noni García** (es como el perejil, está en todas las salsas), **Edine Connors** y **Nesa Lubart**.

A **Lourdes Bastón**, por esa portada para el relato que me hizo sin pedírselo. Es de esas personas que siempre están dispuesta a ayudar. ¡No cambies jamás! ¡Eres fantástica!

A mi **familia**, esa que es tan comprensiva y me ayuda a que mis sueños se hagan realidad, que están dispuestos a echar un cable cuando lo necesito y que me animan cada día con cada pequeño éxito que consigo. Mi vida sin vosotros

no sería igual.

A los instagrammers que comparten en sus redes mis publicaciones, a mis lectores y a esos que dedican cinco minutos de su tiempo a reseñarlas en redes, en Amazon o en cualquier otra plataforma, a los que contactan conmigo por privado para comentar sus impresiones (y que me encantan porque me ayudan y alegran muchísimo).

Que vuestro pequeño (o gran) milagro se haga realidad.

¡Feliz Navidad!

Espero de corazón que este relato os haya gustado. Si es así, deja una reseña en Amazon, ayudará a que otros lectores también lo lean y lo disfruten.

Sígueme en redes para enterarte de todas las novedades:

Instagram: @danivescritora